AÑO II NÚM. VIII

CERVANTES

D 6933

Madrid, marzo 1917.

REVISTA MENSUAL IBERO-AMERICANA

BIBLIOTECA NACIONAL

COLABORACIÓN

Joaquín Dicenta - Rubén Darío - Luis G. Urbina - Francisco Villaespesa - Alberto Ghiraldo Juan de Contreras y López de Ayala - César E. Arroyo - Hugo Moreno - Alfonso Reyes - José Ingenieros - Rafael Heliodoro Valle - Goy de Silva - E. Marquina - Carlos Bosch - Isidro Fabela - Gabriela Mistral - Julio Orozco Muñoz

IMP. DE M. GARCÍA Y GALO SAEZ. MESÓN DE PAÑOS, 8

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

AÑO II NUM. VIII

CERVANTES

Madrid, Marzo 1917.

REVISTA MENSUAL

CRÓNICA

Nieve.

Allá me fuí, solo, por la desierta carretera de El Pardo, manchando la nieve del cielo con mis pies de hombre... Solo, sí, solo, más solo que lo que estuve nunca...

Después de mi último encuentro con la muerte, era el de ayer mi primer encuentro con la vida.

Ningún día más a propósito para volver a la existencia normal, al diario combate, sin transiciones bruscas, sin violentos cambios de decoración. En una tarde de sol me hubiese resultado imposible echarme a la calle. Sintieran los

© Biblioteca Nacional de España

ojos de mi alma, hechos a las tinieblas del duelo, al encontrarse con la alegría pública, al mismo agrio y angustioso efecto que sienten los ojos de la carne al salir de la obscuridad para encontrarse con la luz.

Ayer, no; ayer era un día construído ad hoc por la Naturaleza para que cogiera del brazo a mi pena recién desflorada y dijese: «Vamos a dar nuestro primer paseo de novios por el mundo.» Porque ayer saliase uno de dentro a fuera como se sale al día de la noche, poco a poco, guiado por las gradaciones lentas del crepúsculo.

El espacio no tenía esa coloración azul vivísima sobre la cual se destaca el sol como un brillante enorme en un estuche de terciopelo; sus tintes eran grises, flotantes, como las nubes de invierno que llenan los ámbitos de una iglesia durante un funeral; la tierra, tapizada de nieve, parecía una inmensa lápida de mármol blanco, a la que sólo faltaba el nombre del cadáver para ser tumba; las hierbas, por cima de la nieve engalladas, adquirían, al entonarse con la blancura de ésta, matices negruzcos de corona mortuoria; los árboles, cubiertos de copos medio helados, parecían estatuas funerarias arrebujándose en sus sudarios; la escarcha, colgando del ramaje, remedaba lágrimas cristalizadas por el sufrimiento; el aire, dejos de gemido; la solitaria

© Biblioteca Nacional de España

carretera, melancolías de campamento; los transeuntes, con el rostro oculto por el abrigo y la silueta difuminada por la niebla, actitudes de espectros... No sé; pero en aquel instante antojóseme que la Naturaleza, implorada por la muerte, para mí tan querida, vestía sus espléndidos lutos para darme el pésame...

Perdonen *mis lectores*: Yo no debo hacer de mis tristezas público pregón. Pero al verme, después de un golpe terrible, no por lógico menos terrible, frente a unas cuartillas que recordaban mis obligaciones de trabajador constreñido a ganar su salario positivo de obrero y a perseguir sus tal vez irrealizables quimeras de gloria, sentí la desesperación que en mis cuartillas se refleja. La sentí, y haciendo mentalmente las observaciones en ellas apuntadas ahora, las arrugué con furia, las introduje en el bolsillo de mi americana y me eché a la calle, ansioso de pasear por la nieve que deshará el sol, pensamientos que nunca he de escribir...

¡Qué dolor comparable al mío...! Ninguno. El lazo que anudaba mi niñez, desaparecida con mi vejez próxima, se había roto de repente y sólo quedaban en el hueco por la rotura abierto, desengaños, tristezas, dolores vestidos de máscara, que carnavaleaban la vida con una botella en la mano y una carcajada en la boca. El único

© Biblioteca Nacional de España

afecto grande que en mi existencia pude mostrar al vulgo, acababa de sucumbir. Los otros afectos, si existían, hallábanse obligados a pasar entre la gente de contrabando, como criminales que huyen de los tricornios de la Guardia civil. Verdaderamente, no valía la pena de seguir luchando... ¿Por quién? ¿Por qué...? ¡Bah...!

Y la nieve caía, caía, en copos monótonos, envolviendo mi cuerpo como la desesperación envolvía mi alma. ¡Luchar, padecer, combatir...! ¿Por quién? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Con qué objeto...? Y mis manos febriles, nerviosas, se introdujeron con crispación de garra en el bolsillo de mi gabán y tropezaron con algo que dentro de mi bolsillo había. Era un periódico, *El Liberal,* de Sevilla, correspondiente al día 12.

Lo abrí sin darme cuenta de la acción, y mis ojos tropezaron con una Crónica de Gómez Carrillo, titulada «La parisiense de Stenley», y dedicada a mi humilde persona.

Comencé a leerla. Era la crónica un himno doloroso, construído con notas de anemia, de abandono, de prostitución y de infamia. La historia de la obra parisiense, nacida en la miseria, criada en el desamparo y en la ignorancia, pasando del hambre a la mancebía, de la mancebía al hospital, del hospital a la fosa común, sin haber tropezado con la dicha, con el amor, con

© Biblioteca Nacional de España

el reposo, en el transcurso de su viaje terrible.

Era un compendio amargo de todos los sufrimientos que acogotan desde su niñez a la hija del obrero, al obrero mismo, a todos los desheredados del mundo, a todos los seres humanos que reclaman, unas veces con voces de súplica y otras con gritos de odio su puesto en la vida común... Era un alegato formidable, quizá un llamamiento hecho a los hombres de buena voluntad, en nombre de los que no tienen pan que llevar a la boca y afectos que llevar al alma...

¡Pobre trabajadora parisiense! ¡Pobres trabajadores de la tierra toda...! Vuestras desventuras, vuestras desgracias, son las grandes desgracias y las grandes desventuras que existen. La muerte total es una ley de Naturaleza. La muerte viva, la que vosotros padecéis, es un crimen, una injusticia enorme, una infamia... ¡Luchar...! ¡Combatir...! ¿Por quién...? ¿Por qué...? ¡Y yo lo preguntaba...! ¡Y yo quería cruzarme de brazos y hundirme en los egoismos de mi tristeza! No. Descansen los muertos en paz. Hay que luchar, hay que combatir por los vivos. ¿Qué importa la familia de sangre, comparada con la inmensa familia humana que sufre, que padece, que reclama su redención con voces de súplica unas veces y otras con gritos de odio...?

Hay que luchar por ella; es necesario comba-

© Biblioteca Nacional de España

tir por ella, para que su dolor se trueque en dicha y su aspiración en derecho reconocido. Es más noble y más varonil combatir por los humanos vivos que llorar por las madres muertas.

JOAQUÍN DICENTA

© Biblioteca Nacional de España

POESÍAS INÉDITAS

Nemrod está contento.

Y el Sacro Santo Espíritu
Paloma se tornó.
Nemrod está contento.
¡Qué diablo de Nemrod!

El tigre ruge: ¡Vivo!
¡Siento brama el león!
Y la paloma arrulla:
Arrullo siento y soy.

La flecha va en el bosque,
Se hace el bosque feroz.
Nemrod está contento.
¡Qué diablo de Nemrod!

Apolo es el arquero,
Hércules, vencedor,

© Biblioteca Nacional de España

Ichora, sacrifica;
Vitrifuli y Moloch.

Redimidos carnívoros,
Con civilización
Imitamos alegres,
El ejemplo del sol.
Nemrod está contento.
¡Qué diáblo de Nemrod!

El buey y el asno saben
Un secreto los dos:
¡El cristo de las bestias
Ha sido el Mal Ladrón!

La sangre de las bestias
Es roja bajo el sol;
La esencia de sus vidas
Cual las del hombre son;
El ojo del buey tiene
Inaudito esplendor.
Nemrod está contento.
¡Qué diablo de Nemrod!

La lengua de las aves
Sabía Salomón,
Mahoma de su yegua
Hizo consagración.

© Biblioteca Nacional de España

Nemrod está contento.
¡Qué diablo de Nemrod!

A un poeta.

Te recomiendo a ti, mi poeta y amigo,
Que comprendas mañana mi profundo cariño,
Y que escuches mi voz en la voz de mi niño,
Y que aceptes la hostia en la virtud del trigo.

Sabe que cuando muera yo te escucho y te sigo;
Que si haces bien, te aplaudo; que si haces mal,
te riño;
Si soy lira, te canto; si cíngulo, te ciño;
Si en tu cerebro, seso; si en tu vientre, ombligo.

Y comprende que en el don de la pura vida
Que no se puede dar manca ni dividida
Para los que creemos que hay algo supremo,

Yo me pongo a esperar a la esperanza ida,
Y conduzco entretanto la barca de mi vida;
Caronte es el piloto, mas yo dirijo el remo.

© Biblioteca Nacional de España

Sueños.

A MIGUEL MOYA

El pinar está a mi lado.
¡Oh, dulzura del pinar!
El pinar está a mi lado,
¡Cuántas cosas me ha contado
Que no puedo revelar!

¡Oh pinar suave y sombrío
Que produces dulce son!
Son de espumas, son de río;
Son amable al sueño mío;
Son de sueño y corazón.

He soñado historia y brillo,
Armas, glorias y poder,
Fuí señor de horca y cuchillo
Al amparo del castillo,
Del castillo de Bellver.

Y las hojas de los pinos
Daban sombra a mi soñar;
Pinos llenos de los trinos
De los pájaros divinos
Que encantaban el pinar.

© Biblioteca Nacional de España

Luz antigua. Velas rojas.
Velas blancas. Bruma. Sol.
¿Qué murmuran estas hojas
Del pinar en español?

Han marcado los destinos
Siempre siglo, norma o fin.
Tú recibe de los pinos
Bon de turpi, en mallorquín...

RUBÉN DARÍO

© Biblioteca Nacional de España

Impresiones sobre dos poetas

I

RUBÉN DARÍO

Cinco días hace que por el laberinto de la memoria me asaltan, vivos unos y completos, otros desfallecillos y mutilados, éste gracil, ése brillante y raro, aquél misterioso y profundo, los versos que leí siempre con avidez, que releí con delectación, que aprendí con entusiasmo, que estudié con respeto. Viene una estrofa y con ella un olvidado fragmento de mi vida; pasa una imagen que al sacudir las alas salpica de rocío de recuerdos la aridez de mi espíritu; se acerca el ritmo extraño de una estancia, y en su recóndita sonoridad percibo la música de mis suspiros juveniles. ¿Quién por más encallecido y duro que se le haya puesto el corazón, no siente alguna vez que un canto, un perfume, un color,

© Biblioteca Nacional de España

una palabra que recogieron los sentidos inesperadamente, despiertan muchas cosas dormidas en el fondo de la conciencia, y que por remotas, por abandonadas, se creyeron muertas en la *vía crucis* del olvido?

Tal acaba de sucederme: una noticia fúnebre removió el arcón de mis añoranzas, en el cual mi curiosidad sentimental anduvo removiendo la guiñapería literaria; y, buscando, buscando, he aquí que entre los rasos chillantes, las bordaduras amarillentas y los terciopelos chapados de los versos, encuentro telas diáfanas de poesía: las desdoblo, las miro, las admiro, y siento que están impregnadas de aromas de antaño, de mirras de ilusión, de fragantes líquenes de alegría y ensueño. Ahora comprendo la sutil y melancólica verdad que, como en minúscula caja de oro afiligranado, encerró el Rabbí de Carrión en la arcaica copla:

Cuando es ida la rosa,
que ya el verano sale,
queda el agua olorosa
rosada que más vale.

Ya para mí salió el verano; ya es ida la rosa; pero me ha quedado en el hueco de la mano el agua olorosa de los recuerdos, y en ella baño

© Biblioteca Nacional de España

mis pensamientos como en linfas lustrales, y, a semejanza de todos los hombres, sonrío ante las fugitivas visiones de los días que fueron.

* * *

En una redacción de periódico, al caer de la tarde, nos dábamos cita dos o tres amigos para charlar de literatura, de arte, de mujeres bonitas y del último escándalo social. Entre murmuración y murmuración, entre pitillo y pitillo, entre chiste y chiste, se comentaba un libro, se leía en alta voz, se discutía en voz más alta aún, y se cambiaban impresiones sobre la ópera, sobre el drama, sobre la comedia representada o vivida. Los muchachos de aquella época—¡ha llovido desde entonces!—teníamos en Méjico un fervor casi frenético por las letras. Era la nuestra más que ocupación, más que inclinación: era vocación, consagración, devoción. Y no sólo en mi país, en muchos del Continente parecía suceder lo mismo. La América española comenzaba a experimentar un ansia de producción que se asemejaba a una fiebre de crecimiento. La tendencia resultaba francamente revolucionaria; decididamente renovadora. Veinticinco años han pasado ya. Vivía Julián del Casal.

Una de esas tardes, mientras, de bruces sobre

© Biblioteca Nacional de España

la mesa quintañona, pergeñaba yo el articulejo cotidiano, oí los pasos de mis compañeros que venían, no como era de costumbre, alborotando con sus gritos la casa, sino con pausado caminar. Se percibían el ruido lento de las pisadas en los peldaños de la escalera, y una voz única que hablabla rítmicamente. Levanté la cabeza. Entraron ellos. Manuel Gutiérrez Nájera, rodeado de tres o cuatro amigos, andaba y al mismo tiempo leía un volumen abierto delante de sus ojos. El «Duque Job» tenía un marcado vicio de pronunciación: tartamudeaba. Pero su acento, bien timbrado, la suave inflexión de sus entonaciones, poseían la secreta virtud de la emoción y la simpatía. Versos eran los que recitaba el poeta, versos fáciles y sedeños de una elegancia fina, de una sonoridad intensa y aristocrática como de clavicardio antiguo; era un canto columbino de inefable y nueva ternura. La paloma decía:

Soy la promesa alada,
el juramento vivo;
soy quien lleva el recuerdo de la amada
para el enamorado pensativo.

Oyendo aquella fábula armoniosa, en la que los vocablos mecidos por un ritmo apacible so-

© Biblioteca Nacional de España

naban como flores de cristal que estuviese balanceando el céfiro; escuchando aquella silva primorosa hecha con arrullos de torcaz en celo, quedáronse mis veinte años embelesados, como Schariar con los cuentos de Scherezada.

Al concluir la lectura, en el gris verde de los ojos de Gutiérrez Nájera resplandecía el contento. De ahí en adelante no nos separamos hasta haber paladeado la última gota del vaso de poesía, al cual acercamos las bocas sitibundas. No sentimos correr las horas. Nos despedimos a media noche. Mis pensamientos seguían batiendo jubilosamente las alas. Presentían el salto del sol en los pálidos carmines del Oriente. Un libro y un poeta me anunciaban el día. El libro evocaba la visión del cielo: se llamaba *Azul.*

El poeta tenía un nombre que, como lo dijo don Juan Valera, sugería con su extraña mezcla judaica y pérsica nebulosas fantasmagorías históricas: se llamaba Rubén Darío.

* * *

Existencia azarosa, atormentada, desenfadada, inquieta, la de este gran cantor. Siempre me interesó y siempre la perseguí con minuciosas indagaciones. Los artistas Contreras, Guerra y Zárraga me narraban, anecdótica y fragmenta-

© Biblioteca Nacional de España

riamente, la vida parisiense de Rubén Darío. El pintor Ramos Martínez me describía la excursión a las Canarias en busca de salud y reposo. Y Amado Nervo, que tiene corazón de santo y paciencia de benedictino, me ilustraba con suaves acuarelas la crónica deliciosa de su amistad con aquel intranquilo y luminoso espíritu.

Rubén Darío cruzó por el mundo como Pulgarillo por el bosque: persiguiendo, y seguro de darle alcance, la remota lucecita del Ensueño. Este hombre, cuya vida interior fué tan intensa y tan perfecta, no supo orientar ni perfeccionar su vida exterior. Era un niño caprichoso, inexperto, y que, a fuerza de avivar sus internos resplandores, quedaba deslumbrado y sin distinguir con precisión la realidad. Porque él sabía ver, con mirada muy penetrante, la naturaleza y la belleza; él sabía encontrar el sonido invocado y profundo; él sabía reproducir la maravilla del color y dar a las voces la inmensidad de horizonte del símbolo y sacar las escondidas perlas del llanto de los mares del alma. Él mismo se reconoce sensible, sensitivo, sentimental. Lo que tal vez no vió ni encontró Rubén Darío fué el aspecto positivo de las relaciones entre la sociedad y el individuo. Era un poeta altísimo, y su talla espiritual le hacía mirar pequeñas y despreciables e inútiles las ataduras con que la

© Biblioteca Nacional de España

sociedad nos amarra al mástil del deber. Por eso las rompió, y desde la orilla de la proa tendió las manos anhelantes a las sirenas que le cantaban. Era un inadaptado, un irregular. Su sentido moral, quizá torcido, pero superior, estaba más allá del bien y del mal. Iba, con sus errores, tropezando e hiriéndose; pero llevaba en alto el brazo y empuñaba la antorcha de su genio, que le alumbraba y esclarecía las tinieblas lejanas. Se amurallaba en su ensimismamiento y, como un señor feudal, sólo tendía el puente levadizo para que lo visitaran los caballeros del ideal.

Así lo vi a través de las confidencias; así quiero verlo siempre, malherido y doliente, huraño y piadoso, raro y noble.

La veste de su musa era blanca como la de Beatriz; el fango de la senda la había manchado; pero tocada de la celestial radiación del Arte, fulgía como estrella cada salpicadura.

Así lo quiero ver, así lo veré en sus versos maravillosos, en sus prosas magníficas: una inmortal melancolía que mira de hito en hito el universo de las cosas bellas, y que de cuando en cuando vierte el aljófar de una lágrima para que no se marchite jamás la flor divina de la sonrisa.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Muy en breve debo escribir mis impresiones, diré mejor, las emociones de mis viajes fantásticos por la extensa comarca poética de este soberano de las letras. He paseado largamente por los jardines sonoros de las *Prosas profanas,* de los *Cantos de vida y esperanza,* del *Canto errante,* y he cortado una rosa de la Pompadour, he besado un lirio de la princesa triste y he recogido devotamente el botón de oro de la margarita deshojada, por una muchacha histérica, «en una noche alegre que nunca volverá».

El maestro de la moderna lírica castellana, el audaz capitán que se partió a explorar las tierras vírgenes del Arte, y que, a semejanza de los conquistadores de Heredia, contempló en cielos desconocidos nuevas constelaciones, necesita ser estudiado, analizado, glorificado en su obra, que tuvo el poder milagroso de renovar y ampliar por modo imperecedero el reino de la literatura española. La crítica de Rodó y la de González Blanco, siendo definitivas, podrían completarse con observaciones personales.

Entretanto preparo el cordial homenaje de mi admiración, me complace que el brillante cortejo de las estrofas pulidas y extrañas recorra, llenándome de añoradas músicas, el laberinto de la memoria.

© Biblioteca Nacional de España

II

AMADO NERVO

Puede afirmarse que casi todos los periódicos de la ciudad, reproducen y comentan la carta que Amado Nervo dirigió a don Luis Antón del Olmet, con motivo de la proposición que éste presentó y sostuvo en el Parlamento español, y en la cual se pedía una pensión para el insigne poeta mejicano, quien desde hace más de diez años reside en Madrid. El poeta, con un gesto hermosamente amable, rehusa en esa carta, la forma material del auxilio generosa y espontáneamente presentado, y se queda con la espiritual ofrenda de amor y admiración que en ese noble proyecto le otorgan sus amigos intelectuales, «sus hermanos de raza», en nombre de la Patria española. La intención de la dádiva es muy fraternal y muy cordial; mas las razones de hidalguía sutil, de la resistencia para aceptarla, salen también del corazón y están impregnadas de una mansa y sencilla filosofía, de un viejo aroma de resignación y humildad que nos re-

© Biblioteca Nacional de España

cuerda algunas liras de Fray Luis y algunos tercetos de la Epístola sevillana.

Desde los primeros días de enero, guardo en mi cajón de papeles, los recortes de los diarios madrileños que publicaron los dos discursos—uno del diputado Olmet y otro del ministro Andrade—pronunciados en el Congreso con motivo de la proposición de ley que concedía la pensión. Las palabras dichas en la Cámara me halagaron; fueron al mismo tiempo un homenaje al gran lírico y una caricia hecha con suavidad maternal sobre el herido pecho de mi patria. La carta de Amado Nervo, me conmovió; está escrita con emoción mal contenida, con la pudorosa tristeza del que, acostumbrado a sufrir mucho, sabe callar el sufrimiento. Es un canto de gratitud cuyo ritmo midieron los latidos de un corazón viril rebosante de llanto. Todo esto pensaba y sentía yo dentro de las paredes de mi cuarto. Y, por temor de ser importuno, por recelo de sacar de quicio estas crónicas impresionistas que han de ver, no lo que acaece en mi «castillo interior», sino lo que sucede en el ambiente que me rodea; y que han de reproducir, no las cabalgatas históricas de mis añoranzas, sino los cuadros vigorosos con que la realidad entretiene mis ojos; por desconfianza de mis fuerzas para dar interés de existencia actual y apariencia de labor opor-

© Biblioteca Nacional de España

tuna a estas líneas de colores con las que subrayo los episodios de la vida que pasa, dejé para la intimidad, para la conversación con el amigo, para el palique con el literato, para la charla desmenuzada de la calle y la revuelta y ansiosa confidencia de los expatriados; dejé, digo, mi entusiasmo, mi alegría, el sentimiento de bienestar y satisfacción que me produjo la noticia. Pero los periódicos de la Habana han hecho de ella la nota del dia, la nota artistica, y me ofrecen la oportunidad que yo necesitaba para tejer con unos cuantos estambres de recuerdo la floja e improvisada bordadura del obligado artículo semanal.

La política es, para mí, campo acotado y vedado; la crónica de espectáculos, ha derramado ya las rosas del elogio, como canastilla colmada, sobre las japonerías musicales de «Iris»; el señor Mapellii, hombre inteligente, mundólogo audaz, renueva, con experimentos ya conocidos, las discusiones acerca de las teorías de las fuerzas psíquicas; y realiza fenómenos de «fakirismo occidental», como decía el doctor Gibier, en los cuales tal parece que la ciencia, cansada de la Clínica, se disfraza de saltimbanqui y ejecuta suertes de magia blanca; el Crimen no ha traspasado los límites de la pista donde se verifica la ordinaria lucha de lobos hermanos; el doctor Sánchez de

© Biblioteca Nacional de España

Bustamante ha pronunciado una magna oración parlamentaria en defensa de la ley de Jurados; la pieza oratoria que aún no se publica íntegra; ha recibido las calurosas alabanzas de la Prensa, pero en este asunto serio, en el que, sin embargo, metí años ha la frágil hoz de mi literatura, no debo entrar; lo miro desde lejos y me impone como una fábrica severa y grande; en la sala de jurados me pasé días aburridores, y me queda una vaga remembranza que podría sintetizarse en esta frase: no es siempre la pugna de la verdad; es, con frecuencia, el combate de los vocablos, la justicia no triunfa, en ocasiones, de la elocuencia. Las voces, como las flores en la «serranilla» de Santillana, suelen ser las «encobridoras».

Y bien: me place caracolear la pluma alrededor de un tema que me es familiar y que me permite revivir ideas y sensaciones que de años atrás han querido, y no han podido exteriorizarse. Séame permitido seguir en la corriente del tiempo, tan caudalosa y vasta, la raya de luz que traza, a su paso, esta navecilla de papel que se llama una nota artística. Un poeta acaba de ser glorificado. Para unos cuantos el acontecimiento es trascendental. Para el resto de la multitud, es absolutamente insignificante. Yo, como niño en la orilla del mar, me entretengo con el

© Biblioteca Nacional de España

juguete efímero de la ilusión. Y sueño en que es lo único grande que les queda a los hombres...

* * *

Hablaba mi anterior «Semana» de la redacción de un periódico, en donde Manuel Gutiérrez Nájera entró, leyendo el «Azul» de Rubén Darío. Era un cuarto amplio, de paredes encaladas y desnudas, y, en el fondo, un ventanal, de vidriera empolvada, que abierto a poca altura del piso, dejaba ver la verdadera marchita del pobre jardincito que se extendía dentro de la reja de palo podrido, a la entrada de la casa. Allí, precisamente, en la puerta de «El Partido Liberal», ví por primera vez al poeta. Fué en el año de 1895. Cierro los ojos y contemplo, como en aquel instante, la figura escuálida del joven: el cuerpo de estatura mediana, que parecían alargar lo enjuto de las carnes, lo largo de las piernas, lo huesudo del busto y un levitón negro, de corte clerical, que imprimía carácter al personaje; la cabeza, de rostro terso, palidez amarillenta, y aguileñas facciones marcadamente españolas; angulosa la nariz, delgados los labios y un bigotillo recién salido, más por retardo de la naturaleza que por adelanto de la mo-

© Biblioteca Nacional de España

cedad, pues el espiritado muchacho representaba haber pasado ya de la edad en que el Rafael de Lamartine se asemejaba al bello Sanzio de Urbino. Coronaba el conjunto, una melena obscura y lacia sobre la cual un cansado sombrero de seda lanzaba, de mala gana, sus opacos reflejos. Al abarcar la total imagen nos despertaba ésta, desde luego, la impresión de que nos hallábamos frente a un seminarista provinciano. Yo me acuerdo de los movimientos un poco desmañados, de los ademanes un poco zurdos, de la mímica nerviosa que sorprendí, desde los primeros momentos de trato con el recién llegado a la redacción del periódico. Hablaba, pronunciando de una manera especial las palabras, cantándolas con la típica acentuación que distingue a las gentes del interior de la República Mexicana. Y si me acuerdo de los movimientos y de la voz no olvidaré, no podré olvidar nunca las dos cosas que me revelaron al soñador: la mirada dulce y vagorosa, que cuando se detenía tornábase intensa y honda, y se encendía en luz abismal, y las manos gesticulantes, expresivas, que se contraían en rápidas crispaturas o se abandonaban en languideces y desmayos elocuentísimos, siguiendo la fulgurante e inagotable verbosidad del poeta.

Porque el mozo que aparentaba una discreta

© Biblioteca Nacional de España

timidez, iba adquiriendo lentamente confianza y resolución y mostrando la potencia persuasiva de los educados en el ágil pugilato de la dialéctica. En efecto, aquel ingenuo y simpático garzón era un seminarista; era un provinciano; era un poeta. Lo acogimos todos con aspavientos cariñosos; lo vimos con impertinencia; lo escuchamos con atención risueña. Entró en el alharaquiento compadrazgo del regocijo y en la santa hermandad de la esperanza. Iba a la metrópoli como el héroe de la opereta: en busca de felicidad y de gloria. Había escrito en las hojas de la provincia. Traía mucho aliento, mucha perseverancia, y un tomo de versos inéditos. Se sentía, como el infortunado cantor de las «Rimas»: con algo divino dentro de la frente. Se llamaba Amado Nervo.

Pronto se hizo admirar de los elegidos. El talento le salía a flor de piel. Su imaginación abría ocho alas como los ángeles de Tissot. Su oído, de sensibilidad ideal, le permitía escuchar inauditas sutilezas prosódicas y rítmicas. Pero su originalidad, su encanto, no estaban ahí. Esas cualidades, esas peculiaridades, se escondían en su extraña manera de sentir la belleza. Pensaba en las flores que le recordaban el altar; en las nubes del cielo que le avivaban la visión de las volutas de incienso que, hacia la bóveda del tem-

© Biblioteca Nacional de España

plo ascendían cargadas de cánticos; en las voces lejanas que llegaban a él con rumor de oraciones; en las arcadas coloniales que le traían a la memoria los corredores de su seminario; en las músicas melancólicas que le empañaban con lágrimas las pupilas. Experimentaba nostalgia de las sillerías labradas; de las casullas recamadas de oro; de los misales de pasta realzada; de los cirios de llama moribunda; de los cuadros de fondos ennegrecidos. Espolvoreaba la amenidad de sus pláticas con cintas de latín eclesiástico. Se sabía al dedillo las sentencias de Kempis. A veces, cuando rememoraba, ponía en su acento una unciosa tristeza que empenumbraba la claridad de su pensamiento, que se entreveía como el jardín de un claustro durante una puesta de sol. Tenía sus horas de taciturno, después de sus medias horas de locuaz. Era un tanto reconcentrado y misterioso, al margen de sus intempestivas expansiones.

* * *

Era la crisálida de una mariposa inmortal. Era el brote de un gran espíritu de artista; la espiga de una próvida inspiración.

Amado Nervo entró en la Poesía como en dominada comarca: avasallando formas y rindien-

© Biblioteca Nacional de España

do preceptos. Nació, como todos los predestinados a realizar las maravillas del arte, con el instinto del gusto. Y también nació con la virtud suprema de la sinceridad. Sus últimos libros no son sino el progresivo crecimiento de sus libros primeros. En «Místicas» y en «Perlas negras» está el germen de «Serenidad». Es el de Amado Nervo, un temperamento místico que no ha sufrido alteración sino depuración. Ahora es más diáfano porque el dolor de vivir se ha encargado de ir puliendo facetas en ese diamante que día por día se hace más luminoso.

Los pasos iniciales de Nervo en la literatura marcan la cualidad conquistadora, la vencedora: el caráter. Una voluntad muy firme, una fe muy profunda, un ideal muy alto, y con estas tres energías el genio de Nervo se puso en marcha. De la puerta de aquella redacción en donde le conocí a la puerta de la gloria a la cual ha llegado, el camino se tendió difícil, tortuoso, quebrado, con bien encubiertas trampas y precipicios. Todos los salvó este luchador. En México supo abatir envidias y levantar admiraciones; en París supo ir por el barrio latino del brazo de dos camaradas peligrosos: la Miseria y el Vicio, sin que uno u otro mancharan la albura de sobrepelliz de su conciencia. A todas partes llevó su resignación, su bondad y su amor. Lo acompañó

© Biblioteca Nacional de España

siempre la mansedumbre de un ensueño puro. Puso en verso adorable, las aventuras dolorosas de su espíritu.

Mas no por eso dejó nunca de ver la realidad y de compenetrarse con ella. En este contemplativo con ensimismamientos de éxtasis, vigiló, de continuo, un reflexivo con atenciones de observador. Y esta dualidad, esta mezcla de tan diversas actividades, no es extraordinaria: recordemos al arquetipo, a la doctora de Avila.

Amado Nervo, soñador, escritor, diplomático, ha recorrido los senderos de la vida, sin perder un solo momento, ni en el momento de las grandes penas, su voluntad de ir por encima de las cosas, mas sin perderlas de vista. Posee el gran poeta un alto sentido humano esclarecido por la ansiedad divina del más allá.

De ahí que su obra tenga extensión y tome amplitud y adquiera universalidad. De ahí que sea tan americano y tan español y tan continental y tan extracontinental. Es un hombre que lleva el alma herida por la tristeza, por el infortunio, por la muerte, y que se queja en voz baja y llora sin amargura porque tiene la seguridad de su liberación y de su ascensión.

El versificador estupendo que ha dado flexibilidades inconcebibles y músicas recónditas al idioma; el imaginador y plasmador de metáforas

© Biblioteca Nacional de España

que deslumbran y emocionan como el sol de un atardecer; el confidente emotivo y delicado que deslíe sus melancolías en un ensueño sideral, y unta con ungüentos de piedad los corazones transberverados, y es sensitivo y caballeresco, activo y místico, laborioso y estático, es un verdadero representativo, una existencia simbólica digna del homenaje de la admiración y de la ofrenda del amor.

Luis G. URBINA

© Biblioteca Nacional de España

A UN POETA JOVEN

Si vas por el camino recto hacia tu Destino,
no escuches los halagos de esas voces confusas
que hacen voluptuosas las siestas del camino...
Es celoso, en su orgullo, el amor de las Musas.

En las intimidades de su festín divino
cuando su ensueño escancian, no toleran que
intrusas
bocas manchen sus vasos ni profanen su vino,
ni que alientos extraños soplen sus cornamusas.

© Biblioteca Nacional de España

Si tu alma de panida su eterno amor anhela,
despójate de todo lo material, y vuela
hacia los áureos éxtasis en las alas del canto...

Y haz, en la luminosa bondad de tu poesía,
de tu dolor más hondo un himno de alegría,
y un milagro de perlas del temblor de tu llanto.

FRANCISCO VILLAESPESA

© Biblioteca Nacional de España

¡Y MURIÓ DICENTA!

En una hermosa mañana templada, acariciante, la primera hermosa después de tantas invernales y tristes, una de esas mañanas que hacen amar la vida por la vida misma, en que la brisa y el sol, reconfortantes, saturan el organismo como inoculándole fuerzas nuevas, llegó a Madrid la terrible noticia: «Joaquín Dicenta ha muerto en Alicante.» A Alicante había ido el gran escritor huyendo del desapacible invierno madrileño y en busca de más amables temperaturas. Y allí, frente al mar latino, en el mismo sitio donde hace treinta y cinco años escribiera sus primeras cuartillas el glorioso autor de *Juan José*—esa obra fuerte y bella que es honra no sólo de la escena española, sino de toda la contemporánea—, acaba de finalizar su vida, con la pluma en la mano, tal un soldado del ideal que

© Biblioteca Nacional de España

no abandonó sus armas sino cuando el último aliento de su vida se escapó de su ser.

* * *

Joaquín Dicenta se impuso al público español desde su juventud, tan borrascosa y bravía, tan llena de fuego, tan contagiosa de entusiasmo y amor por los parias dolientes, por los irredentos eternos de estas organizaciones sociales tan lentas en su marcha ascensional, en su educación verdadera. *Juan José,* el popularísimo drama, traducido ya a casi todos los idiomas modernos, lo consagró. Desde entonces, y van corridos años de la fecha del estreno, no cesó Dicenta en su obra cultural, ocupando todos los escenarios: el teatro, el periodismo, la novela, el libro de crónica.

Todavía enfermo, muy enfermo, y con sus cincuenta y tantos años a cuestas, dió ejemplos de energía estupenda produciendo artículos periodísticos que, como el publicado en *El Liberal,* de Madrid, con el título de «Dos juventudes», constituye un reto formidable a la generación actual, considerada dormida por el luchador, un acicate, un latigazo de luz que se diría dado por un espíritu excepcional, alentando en el más sano y fuerte de los organismos.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Cuando llegué a Madrid desde mi lejano Buenos Aires—hace de esto cuatro meses apenas—, tuve oportunidad de visitar a Dicenta, sosteniendo con él una conversación que por el interés especial de que fué revestida merece recordarse.

Dicenta me habló de su enfermedad, para lamentarse de no poder acompañarme con el fin de hacerme conocer el ambiente popular donde él era tan querido y por el cual sentía tanta predilección.

—Iríamos—nos dijo—adonde nadie le llevará, ahí, donde todos los escritores debieran penetrar y donde es necesario que usted haga oir su palabra, si quiere realizar obra eficaz.

Y se extendió, inflamado de entusiasmo, en consideraciones dignas, como suyas, de ser reproducidas y atendidas.

—Ni Ateneos ni fórmulas diplomáticas harán nada por la unión verdadera de los países de América con España—dijo—. En tanto no se llame al corazón del pueblo con voz sincera y convincente, todo será inútil. La unión, esa fusión espiritual que tanto deseamos, no habrá de conseguirse mientras no existan hombres de pensamiento y voluntad que se dirijan a la masa trabajadora, o sea al pueblo productor y consciente, ese que forja la vida en el taller, se satu-

© Biblioteca Nacional de España

ra de ciencia en las bibliotecas y se arroja a combatir en la calle. Ese que vive y sufre, llevando siempre un rayo de redención en los ojos.

E iluminado, terminó:

—Es necesario que los pueblos de América y España se tiendan los brazos a través del mar, franca y decididamente. Pero esta obra se encuentra fuera del alcance de los convencionalismos oficiales y de las fórmulas banales propuestas hasta hoy.

—Y entonces—interrogué—, ¿cuál sería el camino?

—¿Cuál? No engañar nunca a los pueblos. No afirmarles bienestares falsos e irrealizables, pintándoles horizontes deslumbrantes que no existen. Decirles de una vez que América es América y no Jauja; presentarla con sus colores propios, con sus virtudes y defectos, deshaciendo con la decisión de los varones íntegros el presente espejismo enceguecedor y mortal. Y entonces, sólo entonces, evitaríamos el hecho indignante del engaño fomentado por agentes interesados y diplomáticos interesados también en proclamar las excelencias de países hoy en situación económica difícil para el productor, como lo prueban acabadamente las profusas noticias particulares llegadas periódicamente, en contradicción manifiesta con las propagandas

© Biblioteca Nacional de España

oficiales. Trabajemos todos, pero con sinceridad, tratando de cambiar viejos y malos sistemas, tan malos y tan viejos aquí como allá, y entonces, sólo entonces, podremos decir que, en realidad, trabajamos todos por el porvenir de la raza. El intercambio de ideas y de productos hará lo demás. ¿A qué esforzarnos por estimular una emigración a países que no están aún en condiciones de recibirla en tan gran cantidad como la piden? ¿Qué bien obtendremos con este proceder? ¿A quién favoreceremos? Al capital sin ley y sin patria, seco y sin sentimientos en todas las latitudes. Y a la larga perderán en prestigio los dos países: el que a fuerza de subterfugios arrancó el brazo de la tierra en que naciera, y el que lo dejó ir sin la seguridad del amparo.

Y como el poeta Villaespesa, mi acompañante, asintiera con un «¡Bravo, Joaquín!», tan espontáneo como entusiasta, yo guardé el más olocuente de los silencios, admirando desde las reconditeces del espíritu el gesto augusto del gran escritor, al pensar sólo en el bien de sus semejantes, cuando tantos lo consideraban ya al borde de la tumba.

Pocos escritores como éste tan valientes, tan enteros, tan línea recta, tan firmes en sus convicciones revolucionarias. Ejemplo admirable de sinceridad, de honradez, de integridad de ca-

© Biblioteca Nacional de España

rácter, este dignificador de la especie, después de entregar toda una vida a la propaganda de sus ideales democráticos—más grande que el instante supremo que Voltaire en el pasado y que Mirbeau en el presente—, muere pronunciando esta frase que puede considerarse como el coronamiento deslumbrante y la síntesis majestuosa de su obra de combatiente: «Conste que ha llegado mi fin, y que muero fuera de toda confesión religiosa, manteniendo mis ideales y mirando cara a cara a la muerte.»

Así, airosa, serena, gallarda, altivamente, con un gesto certificador de su carácter de irreductible, acaba de entrar en la región del misterio quien luchó durante toda su existencia por el advenimiento de una Humanidad organizada en forma más fraternal, más noble, más en armonía con las leyes naturales regidoras de los seres y las cosas.

Piénsese como se piense, forzoso es respetar y admirar esa frase consecuente y bravía, arrojada, con voz serena y ánimo esforzado, en los umbrales mismos de la sombra.

* * *

Muere Dicenta en un momento difícil para la literatura teatral española. Invadidos los escena-

© Biblioteca Nacional de España

rios de Madrid por géneros híbridos o extraños —traducciones, adaptaciones y arreglos de obras francesas o inglesas, cuando no por la franca astracanada, cuyo reino parece eternizarse en algunas salas de donde—¡oh, ilusión!—se creyó proscripta sin remedio—, ¡presentar el más lamentable espectáculo ante los ojos del extranjero que los frecuenta esperanzado de encontrar el ambiente y la psicología del pueblo, llevados a ellos por los escritores del día, con el arte consumado con que lo hicieran los grandes antecesores de que España puede enorgullecerse!

El autor de *Juan José*, de *El señor feudal* y de *Daniel* deja planeadas dos obras que pensaba terminar en el transcurso de este año. La muerte lo ha sorprendido, pues, con las manos en la masa, como a casi todos los fecundos productores del pensamiento, y preocupado de la reconstrucción del teatro español contemporáneo, obra a la que él había contribuido tanto y que él veía desmoronarse.

Durante su vida, no muy dilatada desgraciadamente, Dicenta ha escrito mucho, ha trabajado mucho. Su obra periodística es extensa y valiosísima. Cronista de *El Liberal* durante veinticinco años, ahí quedan, en la colección del gran diario, sus páginas vibrantes, llenas de ideas generosas, de rebeliones augustas, de no-

© Biblioteca Nacional de España

bilísimos conceptos. Muchas de ellas han sido ya recogidas en hermosos y difundidísimos libros: pero existe una cantidad apreciable de obra desperdigada que sus herederos compilarán sin duda alguna. Precisamente estaba Dicenta en vísperas de firmar un contrato con un editor de Madrid para la publicación de sus obras completas. Y era éste el primer *negocio* editorial realizado en su vida con la seguridad de una retribución algo equitativa y aliviadora. Y esto, a pesar de ser Dicenta, después de Galdós, el escritor más popular de España. ¡Ironía cruel! Muere Dicenta en la más desoladora pobreza. Digna, pero desoladora. Ha vivido al día durante sus largos años de productor. Y en el momento de la cosecha tranquila, tan merecida, tan justa, cuando iba a gustar con alguna calma el fruto de tanta semilla arrojada al surco, sembrada con mano pródiga, un hondazo de la suerte lo sepulta en el mar inmenso.

* * *

«Toques de agonía», su última crónica, en la que pintó la situación desesperante creada a las poblaciones marítimas de España por la guerra que hoy deprime a Europa, ha sido publicada en *El Liberal*, de Madrid, seis días antes del en

© Biblioteca Nacional de España

que se apagó su vida. Y la postrer cuartilla, su despedida definitiva, la que su pluma, que no tembló nunca, trazó horas antes de doblar para siempre su cabeza de águila pensadora, está aquí en mis manos, palpitando de generosidad, en señal de aplauso al compañero lejano, para quien la escribe, reuniendo, quizá, en un esfuerzo supremo y magnífico, todas las energías que le restan.

Dice así:

«Jesús que torna», Jesús que se va...

ALBERTO GHIRALDO

© Biblioteca Nacional de España

Impresiones de paisajes y lecturas.

Canto a los villanos de Castilla antigua.

¡Helos, helos por do vienen, los villanos de Castilla!
Los de manos sarmentosas que esparcieron la semilla.
Los de rostros aguileños, los de frente sin mancilla.

Los de frente sin mancilla, toda ungida de sudor.
Los que bailan viejas danzas de dulzaina y a tambor
cuando ríe por los campos la mañana del Señor.

Los que en tiempos de los moros repoblaron la comarca

© Biblioteca Nacional de España

Soberanos de la tierra que oprimían con su
abarca.
¡No han temor de Señoría, de Perlado ni
Monarca!

Los que alzaron sus iglesias a la Virgen y a
San Juan,
San Martín y San Miguel, San Llorente y
San Millán.
¡Esas piedras, que doradas por un sol miliario
están!

Ellos son los hombres buenos que se asientan
altaneros
cabe Obispos muy letrados y muy nobles
caballeros
cuando llama el Rey a Cortes bajo el árbol de
los fueros.

¡Aprended, los ricos hombres del pendón y la
caldera
que la tierra que ganades sostenerse non
pudiera
sin yantares ni alcabalas, ni moneda fonsadera!

Aprended que de tres brazos se formó la
cristiandad.
Si estos brazos se juntasen en amor de caridad,

© Biblioteca Nacional de España

¡no reinaran como hogaño la injusticia y la
maldad!

¡A rezar los frailecicos, los maitines en el coro!
¡A reñir los caballeros en la guerra contra el
moro!
¡A segar los segadores, el maduro trigal de oro!

. . . . . .

¡Dios os guarde, los villanos, los villanos de mi
tierra!
Los labriegos de los llanos, los pastores de la
sierra.
Todo, el temple de la raza sois vosotros do se
encierra.

Salve, salve, los pecheros que ensalzaisteis la
ciudad
con la fama de los paños que batiais en su caz.
¡Era recio y era santo vuestro gremio y
hermandad!

¡Bataneros del Eresma, curtidores del Clamores!
¡Alarifes y pelaires, albañis y cardadores!
¡Los que hicisteis muy famosa la ciudad de mis
amores!

© Biblioteca Nacional de España

¡Dios prospere vuestra sangre, que es venero de
energía!
En las guerras de cruzada non ganasteis
hidalguía.
¡Vuestra lucha fué la lucha por el pan de cada
día!

Impresión de Segovia en Otoño.

Tiene el paisaje el candoroso encanto
del fondo de una tabla primitiva
pintada al temple con reflejos de oro;
entre huertos el río se desliza,
y en la altura, las torres, las almenas
corona son de la ciudad antigua
toda bañada en luces del ocaso.
De los chopos las copas esbeltísimas
rojizas cual las llamas de los cirios
destacan de las nubes, que, sombrías,
cubren el cielo. Sus postreros besos
lanza a la tierra el sol. Una colina
cubierta toda de viñedos gualdos
parece en limpios cobres esculpida.
Una a una las hojas van cayendo
melancólicas, leves, fugitivas
como nuestras ideas. Tan profundo
es el silencio, que los ecos vibran

© Biblioteca Nacional de España

con el rumor de un vuelo entre las frondas
o de unas voces en la lejanía.
En la tranquila olmeda. Junto al río
las hojas nuestros pasos amortiguan
como una alfombra de oro. Es el follaje
bello dosel de cintas encendidas,
un ambiente dorado nos rodea.
¡Oh ensueño, oh soledad, oh poesía!
Tan augusta es la calma, que sentimos
deseos de postrarnos de rodillas
cual los Santos que adoran a la Virgen
en las ingenuas tablas primitivas.

Impresión de Segovia en Invierno.

Han caído los lobos de la sierra
cercal del arrabal sobre unos hatos;
dejaron, al huir, roja la tierra
de sangre de corderos y chivatos.
No le valieron al mastín sus hierros
ni su alerta al pastor. Todo dormía,
y oímos los ladridos de los perros
y unos ahullos en la lejanía.
Ha traído la nueva del pillaje,
después de amanecer, un pastor mozo.
¡Aún temblaba de miedo y de coraje!
¡Aún lloraba la rabia del destrozo!

© Biblioteca Nacional de España

Hoy comienza a nevar; blanquea el cielo
y luego se deshace en copos leves.
La ciudad se engalana con el velo
de la casta madona de las nieves.
En las murallas y en las torres viejas
la nieve esfuma los contornos rudos,
tiende un tapiz real en las callejas
y pone un perfil blanco en los escudos.
Y en las secas olmedas, al ramaje
presta una vaguedad como de bruma,
y pone un dulce encanto en el paisaje,
que en lontananza su blancura esfuma;
a la noche, la luna esparce apenas
una vaga y difusa claridad.
Toda blanca, detrás de sus almenas
parece como muerta la ciudad;
tan grande es la quietud y tan profundo
es el silencio y tan intenso el frío,
como han de ser cuando navegue el mundo
sin vida y sin calor por el vacío.
Sigue nevando aún, y vacilante
surge la tenue claridad del día...
Cuentan que se ha arrecido un caminante
que cruzaba al pinar de Navafría.

. . . . . .

Es el aire tranquilo y trasparente;
son de un azul purísimo los cielos;
se quiebra con mil luces el naciente

© Biblioteca Nacional de España

en las finas agujas de los hielos.
¡Mañanita de sol, clara mañana
que desbordas de luz y de alegría;
los viejos pensarán en la solana,
que es la vida muy dulce todavía.
El sol arranca un iris de reflejos
del huraño vitral de los balcones;
como jugando, en los palacios viejos
alegra los sombríos portalones.
Y en las nobles basílicas doradas
pule las tallas de las piedras bellas
y hace añorar el sol de otras jornadas
a los guerreros y a los santos dellas.
El sol lleva a la gente a los caminos
que van a la ciudad: Acompasados
el andar y la voz, los campesinos
comentan de la mies y los ganados.
Llegan del caz los rítmicos rumores
de los batanes y de las aceñas
y vibran los agudos estridores
de las tardas carretas lugareñas.
¡Carreteras de Cuéllar y Medina!
¡Caminos de Sepúlveda y Pedraza!
Parece que entre el polvo se adivina
la huella firme y honda de la raza.
A la tarde, en los sotos, cabe el río
—el río con sus chopos a la orilla—
pasean los ancianos el hastío

© Biblioteca Nacional de España

de las viejas ciudades de Castilla.
Cuando esmaltan los picos de la sierra
los postreros reflejos vesperales,
tornan loando a Dios, que dió a su tierra
de estas templadas tardes invernales.
La noche cae muy limpia y sosegada;
destacan del azul los ventisqueros
de la Muerta; del cielo azul de helada,
donde tiemblan de frío los luceros.

El caballero del verde gabán.

«Mis exercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso, o algún hurón atrevido; tengo hasta seis docenas de libros quales de *romance* y quales de latín, de historia algunos y de devoción otros: Los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas.» (Don Quijote de la Mancha, parte II, cap. XVI.)

Caballero que domas el brío
de la rápida yegua tordilla:
¡Frenala, que un rocín como el mío
me malicio que no ha de seguilla!
¡Caballero del verde atavío
yo ante ti, quiero hincar la rodilla!

© Biblioteca Nacional de España

Buen hidalgo de limpia conciencia;
miel de Horacio libé en tu decir
de fray Luis la serena cadencia
he sentido en tu mente latir.
¡En tu noble y tranquila existencia
yo quisiera aprender a vivir!

Cazador el de huron y cimbel;
pescador que en caz, limpio y manso
turbar sueles con tu esparabel
la profunda quietud del remanso.
¡Cazador sin azor ni lebrel
en tu umbral, yo demando descanso!

Yo queria besar las hermosas
manos sabias en dulces primores
que han llenado tu vida de rosas
y han mecido tus castos amores.
¡Esas manos discretas, piadosas,
que consuelan y alivian dolores!

Como en cuenco bocal del Toboso
se serenan las aguas del rio,
esta paz del zaguan silencioso
dá sosiego al espiritu mio.
¡Yo deseo con ansia el reposo
del zaguan apacible y sombrio!

© Biblioteca Nacional de España

Y la hidalga amplitud de tu estancia
de tu mesa al yantar simple y sano;
y el verdor y la suave fragancia
del jardin que cultiva tu mano;
ese ambiente de paz y abundancia
del holgado cason aldeano.

Abrenuncio las bellas locuras
de las gestas de Artus engañosas.
Quiero solo probar tus lecturas
apacibles, cristianas, gustosas;
y en el campo aprender las dulzuras
del amor hacia todas las cosas.

Y el correr en abril las praderas
los ganados llevando a pastar
y el holgarse en estio en las eras
y el mirar en Otoño el lagar.
¡Y en el tiempo de las sementeras
la velada al calor del hogar!

Labrador el que llenas la troje
con el fruto que dió tu semilla.
Deja que hoy a tus plantas arroje
esta espada que a nada se humilla.
¡La Castilla que siembra y recoje
es la grande y la recia Castilla!

© Biblioteca Nacional de España

Serranilla.

En los frescos valles, en los que aun retoza
tu musa ¡oh famoso Señor de Mendoza!
Tuve unos dezires con garrida moza.
Fué en esa ladera de la Marichiva
donde de una llaga de la peña viva
nace un agua helada que desciende esquiva,
brillaban las nieves de las cretas blancas
con el sol de invierno, y en unas barrancas
encontré al mastin de ferreas carlancas.
Supe que venía por el ruido d'ellas
y vi que saltando, con sus breves huellas
sembraba la nieva de un rastro de estrellas
al acaricialle, temor y alegria.
Senti, que en sus ojos yo bien conocia
que era mi serrana la que le seguia.
Cuando lo pensaba, fermosa y zahareña
sobre unos canchales pareció la dueña
el rostro encendido y al aire la greña.
Por venir corriendo muy fragosos trechos
de agrios peñascales y duros repechos
como corderillos saltaban sus pechos.
Al verla, quebrose la mi continencia
y la dije loas en la gal y la sciencia
que aprendi en las aulas de Arlés y Florencia.
Mirome un momento con sus negros ojos
y temblando risas en sus labios rojos

© Biblioteca Nacional de España

me dió en sus palabras deleite y enojos.
«Mantenga esperanzas el señor trovero
que cuando a la Corte vaya, en otro enero
le tendré en las ruas por mi caballero.
Mas aqui en la Sierra quiero tener tratos
con galán que entienda de regir los hatos
y sepa las trochas do van mis chivatos.»
Y bajó hacia el valle, graciosa y lozana
turbando a su paso la quietud serrana
con sus risas, claras como la mañana.

JUAN DE CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA

© Biblioteca Nacional de España

El Cristo de Velázquez

En un fondo tenebroso, tocado de misterio, trágica y emocionante se destaca la cruz, de la cual, sin contorsiones ni crispamientos, pende el cuerpo inanimado del Mártir. Ha exhalado ya el postrer suspiro, ese suspiro en el que dijo: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Sin embargo, un fulgor de vida parece iluminar su cuerpo apolíneo, y un resplandor ultraterreno nimba su cabeza soñadora, coronada de espinas, que se inclina levemente sobre el pecho, dejando caer desde el arco sublime de la frente, en cascada ondulante, la melena, como el follaje de un lloroso sauce; el magno artista quiso dejar así, velado, semioculto, el postrer gesto de la divina faz del Hijo del Hombre. Sus brazos amorosos se extienden en ademán que preludia una caricia; sus manos liliales, ungidas

© Biblioteca Nacional de España

de perdón, por los clavos están sujetas y traspasadas; su torso, en el que, como una flor de martirio, florece la herida del costado, tiene la armonía de un *torso* griego, apenas esmaltado por unas gotas de sangre, de esa sangre que fué el sello del Nuevo Testamento; sus piernas tienen la serena esbeltez de dos columnas de un templo helénico; sus pies, que sufrieron de todos los caminos, que se desligaron de la tierra en el Thabor y que llegaron a pisar todos los horizontes de la historia, como palomas heridas, se desangran clavados... Hay tal sublimidad; hay tal majestad en esa figura; emana tal divina emoción de ese cuadro, que asombra y pasma, conturba y conmueve todas las fibras. Tuvo razón el poeta de decir al contemplarlo:

«Le amaba, le amaba,
no fué sólo un milagro del genio
.....»

Ese cuerpo que, como una enseña de piedad, pende del madero supliciatorio, es el único que pudo encerrar un alma de divina, capaz de mostrarse más fuerte que el dolor, más fuerte que el martirio, más fuerte que la muerte; e izado en alto, muriendo de pie en las excelsitudes de su

© Biblioteca Nacional de España

cruz, logró eclipsar el sol de Grecia en una apoteosis del espíritu.

Con fulgores de astro rey, con atributos de dios, se destacaba en el firmamento de la antigüedad clásica, el triunfal Apolo pagano, supremo arquetipo de sacra, masculina belleza. Como un lirio del valle, surge bajo el azul del cielo de Judea, el Profeta blondo, el Rabbí dulce, que vino a enseñar en parábolas, en el templo, en los caminos, sobre el lago y en la cumbre de la montaña la palabra nueva y consoladora que libertaría a las almas. Jesús el manso, el infinitamente piadoso, el que para todos los niños tuvo una caricia y para todos los pecados una palabra de perdón, fué al sacrificio, como una oveja dulce, y en una trágica tarde del mes de Nizán, cuando el sol ya occiduo se desangraba en un lecho de nubes negras, expiró perdonando, clavado al más obsesionador y pavoroso de los tormentos. En el martirio se hizo tan hermosa, tan sobrehumana y gigantesca la figura del Profeta mártir, que su perfección triunfó, derrotando al mismo Apolo pagano, que fué obscurecido por Jesús expirante; porque frente a la belleza de forma, carnal, del dios griego, se levantaba la belleza ideal, la belleza de alma, la belleza eterna de Jesús.

Y desde aquellos obscuros, milenarios tiem-

© Biblioteca Nacional de España

pos, todos los artistas pusieron todo su espíritu en reproducir, en un impulso de amor y en un afán de perpetuación, la póstuma actitud dolorosa del Mártir. El fervor infantil de los primeros cristianos grabó la imagen del Crucificado en la reconditez tenebrosa de las galerías de las catacumbas romanas; el elementalismo de los primitivos la esbozó obstinadamente con ingenuos trazos; el preciosismo suntuario de los bizantinos la pegó recortada sobre un exótico y chocarrero fondo dorado; la religiosa exaltación de los medioevales la extendió atormentada por todas partes; el egregio Renacimiento puso toda su inspiración en reproducirla: ahí están las obras de los Donatellos, de los Veroneses, de los Grecos, de los Canos, de los Murillos, de los Zurbaranes, de los Riberas y cien más. Casi no ha habido artista que no realizara igual empeño, multiplicándose hasta lo infinito, por pintores, escultores, grabadores, mosaisistas, tapiceros, orfebres, ceramistas, esmaltadores, fundidores; sobre el lienzo, en el mármol, madera, marfil, oro, plata, bronce, hierro, cristal, terracota, hueso, etc., la escena culminante y patética del Calvario. Obras magistrales, obras imperecederas han sido informadas por ese asunto. Pero nadie supo darnos la emoción de la tragedia, que sólo el genio del pintor mago vino a reve-

© Biblioteca Nacional de España

larnos. ¿Cómo pudo ser? «El Crucificado le intuyó, cuando el artista estaba dormido», dijeron los poetas; «le fué revelada en una visión», afirmaron algunos; «los ángeles bajaron del cielo el cuadro inmortal», añadió algún místico. ¡Quién sabe! Acaso el alma inmensa de aquel don Diego de Silva Velázquez, en una existencia distante y distinta, vivió junto a Jesús, amándolo, sintiéndolo. ¡Quién sabe las miriadas de almas, las miriadas de vidas que hay en el alma del genio! ¡Sólo él puede decirnos lo que ha sentido, lo que ha vivido en las épocas remotas!

El alma peregrina del pintor mago vió, no hay duda que vió a Jesús, cuando su presencia perfumaba de amor y de unción la callada, humilde y florecida tierra de Judea. Lo vió antes del martirio, cuando, rompiendo los cristales de un remanso, penetró en el Jordán sagrado, para que Juan, el eremita, vertiera sobre su cabeza, con una concha, la virtud purificadora del agua clara; cuando seguido de un pequeño grupo formado por los humildes, por los pobres, por los débiles, por los parias, recorría las sendas polvorosas predicando la nueva ley. A orillas del lago de Galilea hablaba casi siempre y hablaba en parábolas, aniñando, simplificando su espíritu, para que su enseñanza fuera por todos comprendida. Entonces su figura blonda y dulce, vestida

© Biblioteca Nacional de España

de túnica inconsútil y envuelta en un manto flotante, destacándose en esa natural y poética decoración, parecía agigantarse, emergiendo de las ondas quietas... Junto al brocal del pozo de Jacob, con sus labios finos rezumando agua, dijo cosas profundas a la Samaritana, de cuyo cántaro había bebido. En casa de Simón el leproso, María de Magdala, rompiendo un noble vaso de alabastro, ungió con esencia de nardo la cabeza y los pies del Nazareno, sobre los cuales dejó caer, como un tesoro, la madeja sedeña de sus áureos cabellos que enjugando parecían besar. ¡Quién sabe si alguna vez las cabezas nazarenas del Profeta pálido y de la rubia Cortesana de Magdala se unieron en un mismo luminoso tremor...! En la cumbre gloriosa del Thabor, transfigurado y radiante, se vistió de sol; en la cima aún más alta de la montaña del sermón inolvidable, infundiendo entre los desdichados el sedante consuelo de las bienaventuranzas, fué aún más bello, porque fué más humano. En medio de un palpitar de palmas y de cánticos, entró en Jerusalem. En la noche de la cena, cuando el presentimiento de su cercano fin, como el ala de un pájaro agorero, rozaba la hostia inmaculada de su frente, alargó, con un amplio gesto patriarcal, el pan y el vino al que le iba a vender, después de haberle dicho como a los demás: «Tomad y

© Biblioteca Nacional de España

comed, éste es mi cuerpo. Tomad y bebed, ésta es mi sangre.» Todos callaban; un silencio doloroso, preñado de temores, flotaba en torno; el discípulo amado reclinaba su cabeza en el pecho del Maestro... En el obscuro huerto, bajo los olivos centenarios, transido de mortal congoja, apenas tuvo aliento para decir: «Si es posible, pase de mí este cáliz sin que yo lo beba»; y, desfalleciente, dudó, dudó de sí mismo... En el atrio del pretorio, *Ecce Homo* dijo el escéptico y frío Gobernador romano, y avanzando hasta el intercolumnio, presentó a la pública befa al Rabbí martirizado, y la fiera—el populacho—rugía, rugía... A lo largo de la senda dolorosa, un fulgor de lanzas brillaba alejándose, y la silueta endeble del Hijo del Hombre iba curvada bajo el peso del madero abrumador. Llegaron, por fin, al Gólgota, en cuya cumbre fué plantada la cruz con el cuerpo palpitante del Mártir. Era la hora tercia. En un negro cielo de tragedia, se bamboleaba un espectro de sol que no tardó en apagarse completamente. Rasgando el terciopelo del firmamento, el rayo, como un latigazo, restalló sobre la tierra. En lo alto, la furia de los cielos; en la tierra baja, la furia de los hombres; y entre el cielo y la tierra, entre la naturaleza desencadenada y los hombres enloquecidos, el Mártir, como un símbolo de suprema piedad... A la hora

© Biblioteca Nacional de España

sexta, cuando más densa y pavorosa era la tiniebla, la cabeza del Crucificado rodó sobre los hombros; la última palabra de perdón se fundió en un suspiro, sus ojos se cerraron; los cabellos cubrieron la faz... un halo radiante había dejado el alma, como un rastro de sí, en torno a la cabeza.

Esta visión última fué la que más impresionó al pintor mago y la que fijó en su lienzo para dar a las generaciones la verdadera emoción de la tragedia milenaria.

En ese asombroso cuadro, Jesús está como debía haber estado, como, seguramente, lo vió el genio en aquella trágica tarde del mes de Nizán. ¡Oh el divino Cristo de Velázquez, tan dulce, tan pleno de íntima piedad! ¡Cuán distinto de aquellos lívidos, llagados, atormentados, descoyuntados, amoratados, sangrientos fantasmas de noches de aquelarre que pueblan de visiones de espanto la lobreguez de las catedrales españolas; de aquellos cristos de la Inquisición, tétricos engendros de fanatismo sádico; de aquellos negros cristos españoles o «africanos», como alguien los ha llamado con gran propiedad! ¡Oh el apolíneo Cristo de Velázquez! Al verlo se comprende que hubiera podido eclipsar el sol de Grecia, y que, como un cometa milagroso, hubiera podido envolver con su cabellera el uni-

© Biblioteca Nacional de España

verso... En torno de su cabeza se adivina un palpitar amoroso de golondrinas, y de lo hondo parece surgir, desgarrado y agudo, como una saeta, el alarido de la Madre...

CÉSAR E. ARROYO

© Biblioteca Nacional de España

Retrato del cura Valera

Cincelado por Hugo Moreno,
Clérigo de Misa.

Es como el tronco seco de una parra muy vieja,
su sotana sin mangas tiene un tinte de ayosas;
son grandes sus zapatos, su sombrero de teja,
sus narices, sus ojos y sus manos huesosas.

Una santa locura le acaricia y le besa
y ha metido en su pecho la lava de un volcán.
¡Oh, si no hubiera pobres con quien partir
la mesa,
los ángeles vendrían a mendigar su pan!

© Biblioteca Nacional de España

Ha dado sus hebillas a un tramposo buhonero,
la ropa de su cama a unos pobres gitanos;
a una vieja perlática su catre y su brasero;

no teniendo que dar, dió a un viejo pordiosero
un beso en una llaga, comida de gusanos,
y sanó, y fué de sus milagros el primero.

Hugo MORENO

Almería, enero 1917.

© Biblioteca Nacional de España

EL SUICIDA

(Del último libro de Alfonso Reyes.)

Al comenzar el Otoño, en un hotelito de los suburbios, donde hace tiempo vivía distrayendo su neurastenia entre las labores del novelista y el cultivo de su jardín, el pobre señor se suicidó. Su familia, que le rodeaba con solicitud minuciosa, en vano había buscado, durante los últimos días, un leve sonrojo de contento en aquella cara ya melancólica para siempre.

¿Qué había hecho aquella mañana? Pasar y repasar frente al grupo de sus hijos que jugaban en el jardín; mirarlos más dulcemente que otras veces. Nada más. Era llegado el extremo en que sobran todas las explicaciones, y el golpe seco del revólver, momentos después, vino a aclararlo o a confundirlo todo.

Los ojos, fijos y atónitos durante una larga agonía—esos ojos de que los periódicos nos hablan—hacen concebir todo un mundo de interro-

© Biblioteca Nacional de España

gaciones y de enigmas; de protestas, de disculpas y de amenazas. Lo que no quiso decir la boca, lo difundían magnéticamente los ojos. Y en aquella figura de cuervo que se recortaba en el aire con una funesta elegancia, los ojos resaltarían cual una crudeza cínica y heroica.

La *Revue Hispanique* publicó hace años su retrato. Este extremeño, este paisano de Cortés, era un hombre frágil y fino. La levita, el gabán, el pantalón rayado y el sombrero de copa, la barba preciosamente cortada, acababan por darle un impecable aspecto de muñeco de sastrería. Compáresele con el hermoso y anticuado sujeto que dibujó Penagos para el semanario *España* y al que Eugenio d'Ors llama «El Preocupado». El Preocupado lleva también una alta chistera y se emboza en una vieja capa. Su modelo parece haber sido cierto retrato de don Ponciano Ponzano que posee Azorín. En todo caso, recuerda los rasgos de Espronceda.

—Afeítate esa anticuada perilla, Preocupado; rápate esas melenas románticas—le dice, más o menos, Eugenio d'Ors—; deja esos embozos demodados y esa chistera. Ya no más paseos a los alrededores de la ciudad barroca que, por lo demás, vive en ti mismo. Despreocúpate, y siéntate a trabajar un poco. Después de todo, tú eres una grande esperanza española: tú representas

© Biblioteca Nacional de España

la inteligencia paciente, ¡ay!, pero a dos dedos de la desesperación. «Que sabido es que el día siguiente al triunfo de la Inteligencia se llama Melancolía.»

Si el lector tiene ambas siluetas a la vista, podrá imaginar conmigo que el Preocupado cambia sus modas anticuadas y sus procedimientos cosméticos por otros más modernos. De manos de Utrilla o Borrel pasa a las de los sastres Bernáldez o Cimarra, y de manos del barbero don Ciriaco Lagartos o del mozo Pedro Correa, pasa a las del gran contemporáneo Jaime Pagés. Y ya no es la Inteligencia paciente; ya es sólo la Melancolía: la melancolía que fluye abundantemente por los ojos como por dos grifos abiertos. Y ya no es la figura armónica y justa, sino una figura esmirriada y espiritada; un grotesco Licenciado Vidriera, con todas las quebradizas veleidades del vidrio.

Este militar de las guerras de Africa había probado los martirios del santo. Quemado y acuchillado por los indígenas filipinos, fué dejado por muerto con la mitad de la cara deshecha, la mano izquierda mutilada y todo el cuerpo sangrando por mil partes. Más espiritado, más exangüe que nunca, saldría del tormento, renaciendo a una nueva vida entre las cenizas de su carne. Este médico rural había pasado

© Biblioteca Nacional de España

por todas las inquietudes del problema sociológico, que casaba originalmente con un sentimiento epicúreo y egoísta. Y, como a todos los que predican, aunque sea el egoísmo, no le faltaba generosidad. Su visión materialista y medicinal de la vida, en vez de ascender desde el amor de la carne hasta la belleza abstracta y superior—como en la mujer de Mantinea que inspira los diálogos platónicos—baja desde la ley divina hasta la plástica arcilla humana. Sus manos de cirujano operan largamente en ella, como las del guitarrista en los nervios de la guitarra, trayendo a la categoría de calambre, espasmo y punzada, todos los deleites sin mancha que pudieron aprenderse en el cielo. Siempre hábil razonador, siempre desequilibrado en el fondo, cual el de Cervantes, nuestro Licenciado Vidriera parece un sacerdote que hubiera abusado de los secretos del confesionario. Y fué, ciertamente, un médico que abusó de las confidencias sorprendidas a la cabecera del paciente humano, quien suele, con la mejoría o con la crisis, ponerse comunicativo.

Escritor tardío, difícilmente descubriremos en él aquel ondular de la palabra, aquel placer de las expresiones, aquel instinto de la perfección verbal que no falta en los escritores nativos. Escritor tardío, su tardanza, ¿no pudiera ser una

© Biblioteca Nacional de España

promesa de pensamiento sólido? ¿Un síntoma en que conociéramos que va a decir algo positivo a los hombres, que ha venido con algún mensaje? Los escritores precoces suelen pasar por la vida desplegando sus tornasoles técnicos, sin que ellos ni nadie sepan, al fin, lo que tenían que contarnos. A veces, en cambio, esos escritores tardíos son como el viajero de la Grecia clásica, para quien la pluma sustituye al bordón de los peregrinos; y—utensilio propio de la vejez—sólo la usan para recordar, cuando ya no pueden viajar más. Entonces, los tardíos tienen siempre algo que decirnos; alguna historia, propia o ajena, que narrarnos; algunos ejemplos que proponernos, ora de las ciudades que visitó Herodoto y que tienen en la geografía su nombre más o menos exacto, ora de las que descubría Thomas More, de que apenas ha quedado rastro en nuestras mentes como de una tierra previvida.

Si él había negado la crítica, la crítica también lo negó, relegándolo a la categoría de autor insano, al margen o fuera de la literatura. Y seguramente que en la literatura no estuvo, porque le faltaba lo esencial, que es la pericia de las letras; no sabía—deduzco de lo que le han dicho sus críticos—no sabía poner unas letras junto a otras; ignoraba la ortografía, al grado

© Biblioteca Nacional de España

de confundir (¿qué extraño espejismo español es éste? ¿Por qué esta confusión parece simbólica de todo un régimen, o desbarajuste social?), al grado de confundir una *vacante* con una *bacante*. No sabía escoger las palabras; ignoraba el vocabulario, al grado de hablar de las «cuestiones tranchadas». Nunca pudo usar en su recto sentido fórmulas como «sino que», «a menos que». No sabía poner unas palabras junto a otras; ignoraba la gramática hasta desconocer la existencia de los pronombres reflexivos. Y se equivocaba, todavía con más frecuencia que la generalidad de sus compatriotas, sobre el empleo de las formas verbales en «ara», «are», «ase». No tenía el sentimiento de la frase, ni tampoco supo ligar unas frases con otras, ni unas páginas con otras. Pero sí unos libros con otros. Y no sólo por repetir en todos ellos algunos pasajes y situaciones, sino por otra razón más esencial.

Y aquí tocamos a la paradoja del escritor. ¿Por qué ha de *salvarse* nuestro novelista—como dicen los manuales de literatura española, —por qué ha de salvarse sino por la unidad de su obra, por la insistencia? Es ciertamente un escritor metódico y hasta sistemático. Como lo habíamos supuesto, algo tenía que decirnos; y, recta o falsa su doctrina, alguna doctrina nos propuso. Una doctrina de apariencia congruente,

© Biblioteca Nacional de España

aunque insuficiente e inferior, que él mismo se encargó de definir en libros de índole no novelesca, pero que ha inspirado también todas sus novelas. Porque no es el único escritor erótico, pero sí uno de esos para quienes el arte—o lo que fuere—es el arma de una pretendida reforma social. Su verdadero mal es la mala literatura; que, respecto al fondo de su obra, yo os aseguro que no es más insano que D'Annunzio. Otros se revuelcan también entre almohadas de pasión y lujuria; pero lo que en muchos resulta ímpetu lírico y hasta ornamental, en éste es un sistema metódico y un apostolado más bien práctico que poético. Y aunque hemos bajado hasta la región de los indiscernibles, se puede pensar que esta unidad, esta insistencia mejor dicho, pone su obra algo por encima de sus medios artísticos. Falta averiguar si la intención—que es lo que, teóricamente, parece salvarse—era sana en sí. Falta, por último, averiguar si la intención se inspiraba en buenas intenciones; si sus libros eran libros de buena fe. Lo mejor que de él ha podido decir la crítica puede compendiarse en estos versos de Díaz Mirón:

> Oigo decir de mi destino a un chusco:
> «Talento seductor, pero perdido
> en la sombra del mal y del olvido.

© Biblioteca Nacional de España

Perla rica en las babas de un molusco
encerrado en su concha, y escondido
en el fondo de un mar lóbrego y brusco.»

Es vieja en las literaturas, y en España es de cepa clásica, esa hipocresía estética que consiste en disimular el placer de las cosas insanas bajo la capa de la reforma social. Zola quería mejorar el mundo, y para ese fin, describía muy amorosamente, con paciencia de miniaturista, las llagas de la sociedad. Tal o cual pasaje de repugnante objetivismo, y que acusa, no ya la pérdida del paladar, sino aun del sentido de la náusea, ¿hace falta realmente para el fin de mejorar el mundo? Porque para la trama artística de la novela no hace gran falta, y a tanto hubiera equivalido sustituirlo con dos o tres líneas sintéticas y fuertes. Una cosa es decirnos que una mujer ha abortado entre las angustias de la suciedad, la soledad, el delito y la pobreza, y otra convertirnos en médico a palos o en comadrón por fuerza, obligándonos a asistir a las mil y una peripecias horrorosas del trance. Los autores de la Picaresca española otro tanto hacían, y en todos sus libros parecen alegar lo que Hernando de Soto alega del de Mateo Alemán:

Enseña, por su contrario,
la forma de bien vivir.

© Biblioteca Nacional de España

Pero eso no quita que el autor picaresco se complazca a más no poder en los crudos acertijos de su invención, y nos conduzca, con fría y calculada crueldad, de uno a otro extremo de ese laberinto de hambre e ignominia, por donde discurren los Caballeros del Milagro. Más de un pasaje del mismo Mateo Alemán—tal el cuento de la tortilla de huevos—parece convencernos de que, en efecto, cualquiera que sea el pretexto bajo el cual se disimule el autor, ha perdido algo como el don del olfato: del olfato físico y moral.

Y éste es el problema de nuestro novelista, aunque, desde luego, trasladado del terreno de lo picaresco al del erotismo: larga complacencia en los análisis de la seducción y la caída, desconsiderado placer en los altibajos psicológicos de sus inconscientes meretrices y de sus rufianes contentos. Porque se puede, sin ser morboso, amar el desnudo y sus encantos y consecuencias. Cuando otro escritor, valenciano por de contado, compara a la mujer desnuda con la fruta mondada, apela a un instinto santo, a un apetito tan generoso y saludable que no se le podría tachar. Pero cuando aquél compara una mujer desnuda a una rana despellejada, el dolor sensual paraliza nuestro corazón; los castos deleites del contacto se nos tuercen en desollamientos

© Biblioteca Nacional de España

espantosos, y tanto sadismo y salacidad nos amargan como un trago de mar. He aquí al mártir de Africa que ha resuelto sus dolores, sus mutilaciones, en nuevos placeres recónditos: ése es el quemado y resucitado, ése es el acuchillado, para quien toda idea de contacto ha de despertar, en adelante, el recuerdo de una cicatriz o de una úlcera. Más espiritado, más exangüe que nunca, ha renacido a una nueva vida, entre las cenizas de su carne.

Pero la investigación de este problema, la buena o mala intención del novelista, no hubiera justificado las presentes disquisiciones. Como que acaso se explica fácilmente por una enfermedad de la sensación puesta al servicio de una racionalidad inquieta. Médico en el fondo, el Licenciado Vidriera sabe que su carne es de vidrio, que se quiebra y corta y punza; pero no puede menos de complacerse en su propio caso patológico, que hasta le sirve para sus descubrimientos y experiencias de gabinete. «Yo me vengaré de mis dolores—grita Flaubert—describiéndolos en mis libros.» ¿Qué más quisiera el experimentador? ¡Tener el paciente en casa, al alcance de la mano, en la mano misma, en la propia mano mutilada y achicharrada! Porque esa mano siniestra es un símbolo: mano que ya no podrá tocar sin dolor los placeres sin una sensación

© Biblioteca Nacional de España

descarnada, como la de un desollado, como la de su diabólica y temblorosa rana. Paciente y médico a la vez, como paciente es morboso; como médico, es apostólico, y prevé una campaña de higiene ética. Como Vidriera es frágil, y como Licenciado, arguye provechosamente leyes del mundo, inferidas de su propia fragilidad.

El problema de las buenas o malas intenciones no nos parecía, pues, insoluble; ni siquiera muy interesante. Lo que nos importa es el suicidio.

Sí, el suicidio. Aquellos ojos abiertos, plenos de significaciones terribles, no nos permiten engañarnos. Este suicidio tiene un sentido, que es necesario averiguar. Varias hipótesis pueden proponerse sobre el caso.

La primera, la menos inteligente en el concepto literal de la palabra, supone que se trata de un mero suicido patológico; un suicidio de neurasténico, al que no vale buscarle más sentido que a la mueca de un loco. Poco sabe de neurasténicos quien opine así, lo cual es imperdonable por los tiempos que corren. Nada tiene más sentido que los actos del neurasténico: es su lucidez, su exceso de intenciones y sensibilidades lo que lo ha enfermado. En su moderna interpretación del *Licenciado Vidriera*, Azorín nos lo presenta como un hombre que emigra porque le mo-

© Biblioteca Nacional de España

lesta la grosería de su patria: el modo brusco de saludar, el tropezar con los muebles al pasar de un lado a otro de la sala, el cerrar las puertas con estrépito. Tan lejos estamos aquí del antiguo Licenciado Vidriera, como cerca estamos del problema moderno. Aquel loco, en Cervantes, conserva los sanos estímulos de la cordura: es un loco de la razón, pero un cuerdo de la sensibilidad. Las causas de su conducta son tan normales como ésta: ¿por qué se vuelve a su tierra? «Como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió a sus amos licencia para volverse.» ¿Por qué, en vez de volverse a Salamanca, toma para Italia? Porque, de camino, lo ha seducido a la vida libre del soldado el gallardo capitán don Diego de Valdivia. Viajó por Italia como turista. De allí pasó a Flandes, siempre sirviendo con las armas. «Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto (el de instruirse y andar mundo), determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios.» Y, atravesando Francia, volvió a España, «sin haber visto París por estar puesta en armas». En Salamanca era tan cuerdo que hasta se pasaba de cuerdo, desdeñando los amores de cierta dama

© Biblioteca Nacional de España

de todo rumbo y manejo, la cual acabó por darle un filtro amoroso que lo enfermara. Y, declara rotundamente Cervantes, «aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento». Loco de la razón, cuerdo de la sensibilidad. Si huye entonces de los contactos bruscos, es por el miedo racional de quebrarse, puesto que cree ser de vidrio. ¿Hay cosa más cuerda, aceptada la previa equivocación? Conservaba tan en regla sus facultades, que no faltó quien le dijera, como a los locos raciocinantes sucede: «más tenéis de bellaco que de loco». Sus dichos y agudezas eran famosos. Y una vez curado, ¿a qué va a la corte? «Aquí he venido a este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida.» ¿Hay nada más cuerdo? Con el apaciguamiento de la locura, se ha apaciguado también la irritabilidad racional, al grado que se le acaban los dichos agudos; y la novela tiene que terminar. El mar de la razón se aquieta. Pero todavía falta un toque definitivo: nadie toma en serio al antiguo loco; la humanidad no renuncia voluntariamente a sus juguetes. «Perdía mucho y no ganaba cosa y, viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse a Flandes... donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas.» De modo

© Biblioteca Nacional de España

que en el mismo día y hora en que el personaje de Cervantes emigra a Flandes para ganarse el pan, valiéndose de su brazo, pues ya de su ingenio no se podía valer, el de Azorín emigra a Flandes para no oir los castellanos portazos, la fea y estrepitosa manera de sonarse, el descuido de consentirse un regüeldo y otras calamidades que constan en el *Galateo Español* de Lucas Gracián Dantisco; que, aunque escandalosas, puede ser que no justifiquen un viaje a Flandes. Si el primero es loco de la razón y cuerdo de la sensibilidad, el segundo acaba por el extremo contrario. Y esto no sea dicho contra Azorín, que él sabe bien lo que hizo y logró lo que se proponía, sino para definir al hombre de sensibilidad irritada, que es el aprendiz de neurasténico. Si a uno lo sanan del cuerpo, pero no del entendimiento, al otro, al moderno, «no le podrán quitar el dolorido sentir». Posible es que sean pueriles los motivos del neurasténico, pero su enfermedad se llama «embarazo de los motivos». Y mientras mas recónditos y pueriles, mayor necesidad de buscarlos y de entenderlos.

La segunda hipótesis atribuye el suicidio a causas prácticas, diversas del orden intelectual. Un fracaso en los negocios, una crisis pasional de amor. Y no niego que en muchos casos el suicidio intelectual se disimule bajo pretextos prác-

© Biblioteca Nacional de España

ticos. Lo eficiente es un mal interno; lo ocasional, un choque cualquiera de la vida. Si yo, fundándome en datos biográficos, asegurase ahora que Larra se suicidó por amor, toda la España nueva se alzaría contra mí para reivindicar a su mártir, al mártir de la protesta nacional. Algo menos simple es el caso del poeta mejicano Manuel Acuña; pero, como quiera, sería absurdo culpar de su muerte al viejo cantor Guillermo Prieto, con quien estuvo charlando sobre el valor de la existencia poco antes de suicidarse, y que, según cuentan, en vez de alentarlo, procuró desesperarlo todavía mas. ¿Y el caso de José Asunción Silva? ¿Vamos a creer que se mató porque su médico acababa de asegurarle que no había remedio eficaz contra la caspa? Parece que, en la mayoría de los casos, el suicida no podría menos de suicidarse. Si sobreviene un choque práctico, se suicidará con motivo del contratiempo (iba yo a decir: se suicidará en honor del contratiempo), y si no aparece la ocasión, entonces, como en el chascarrillo vulgar, se suicidará «a propósito de pum».

Aún se me pudiera objetar que no hay para qué pedir secretos a las tumbas. «Bien están en su desamparo los suicidas—oigo decir—. Puesto que querían estar solos, quédense más solos que los muertos.» Contra esto, todo mi instinto se

© Biblioteca Nacional de España

subleva. Y no solamente por debilidad para el mal hermano, sino por lealtad a la vida y aun por inquietud de la vida. Chesterton escribe: «Al colgarse un hombre de un árbol, caigan las hojas despechadas y escápense furiosos los pájaros; que cada uno de ellos ha recibido una injuria personal.» Cierto; pero es también Chesterton quien habla de la lealtad a la vida. Estamos a bordo de la vida; vivir es nuestra profesión. Y como es posible que el suicida haya descubierto el cadáver de la bodega, hay que interrogar al suicida para mayor bien del equipaje y aun de nosotros mismos; es una regla elemental de administración. El suicida es un crítico que renuncia a su oficio; puede que lo haga por cansancio, como ese hombre para quien vestirse todas las mañanas y desvestirse todas las noches llegó a ser tan intolerable, que puso fin a sus días, por odio a las rutinas sagradas de la existencia. No acataba ése la economía de la vida, ni sospechaba, por ejemplo, que la hora matinal de afeitarse tiene su necesidad filosófica y puede servir, mejor que la inmediata posterior del desayuno—donde ya nos importuna la presencia de algún diario de la mañana—para plantearse los proyectos del día. Y ése sí que nos injuriaba a todos, a los hombres, a los pájaros y a los árboles; ése sí que nos alejaba de su cadáver.

© Biblioteca Nacional de España

Pero podrá ser también que el suicida haya incubado una larga indignación, la cual acaba por hacer estallar la máquina. Y entonces su alma, como la del héroe de la Eneida, «huye indignada y con alarido a la región de las sombras». Y entonces, por si su indignación fuere justa, conviene, si es verdad que nos interesa la vida, que nos interese su muerte. Podrá ser que el suicida, como en nuestro caso, se aleje pidiéndonos perdón, en su carta reglamentaria. Y entonces tenemos que recoger piadosamente las reliquias de su conducta, aunque sea para averiguar qué poder supremo de la vida lo aniquiló; qué orgullo conviene evitar y cuál conviene cultivar; por dónde se incurre en la cólera de la tierra y por dónde se concilia su apoyo sobrenatural para los empeños humanos.

Y aquí brota la tercera hipótesis, que es múltiple: ¿si el suicida se suicidaría castigándose de un error? ¿Si, como Don Quijote, habrá muerto, por necesidad metafísica, al restituirse a su primer nombre de Quijano? ¿Si su suicidio podrá ser la pendiente natural de su filosofía, como pudo serlo el de Sócrates? Y entonces, ¿qué fe prestaremos a una filosofía que, invirtiendo nuestros propósitos y abusando de nuestro mandato, en vez del secreto de la vida nos abre el secreto de la muerte? Prometeo se quema en los

© Biblioteca Nacional de España

rayos que roba, y Adán se envenena con los frutos que prueba. Pero el delito de ambos es el Conocimiento. ¿Hasta dónde, pues, nos está vedado, hasta dónde nos está consentido el conocimiento? Hay que meditar la Biblia, aun en los capítulos escabrosos. Ya no hablemos de merecimientos literarios: son merecimientos y estímulos humanos los que nos atraen hacia aquellos ojos extáticos, invitándonos a sondear su misterio. Dáse el caso de que el suicida haya explicado previamente su doctrina del Mundo: tanto mejor. Pero lo mismo sería si se tratase de un iletrado. Sobre cada tumba de suicida debiera abrirse una información a perpetuidad. Sobre cada uno, escribirse un grueso volumen de investigaciones cuidadosas: así conviene al valor de la vida y a la orientación de nuestras almas.

Y habrá todavía hombres graves que me repliquen:

—No veo la necesidad de tanta fatiga. La vida, como quiera, sigue su camino. ¿Qué nos cuidamos de vigilarla, de hacerla andar, si ella anda de por sí y aun nos arrastra consigo? No somos cocheros, sino señores al estribo del coche. No renunciemos a nuestro puesto de honor.

¡Ay! ¡Y si yo os dijera que todo el trabajo de la humanidad consiste en el empeño que tiene

© Biblioteca Nacional de España

el señor del estribo por arrebatar su sitio al cochero! Como en esas cintas cinematográficas, el hombre, contraído y tenso, atisba la hora de caer sobre el chauffeur y apoderarse del volante del coche. Y yo no renuncio a mi función de hombre, a mi destino de hombre, a mi rebeldía de hombre: queremos saltar sobre el volante. ¡Tanto peor para los dioses tiranos! La madre de los hombres, en medio de la pesadilla del mundo, grita como la madre de Peer Gynt:

—¿Adónde me llevas, dónde me has traído, cochero de los diablos?

Y, en verdad, ella habla por todos sus hijos.

Ya lo espero: las últimas objeciones tocan al sentido humorístico. Son terribles, como la última flecha de los enemigos de Roma; pero hay que resistirlas. Oigamos:

—No veo por qué los huéspedes del Palace-Hotel hayan de averiguar las causas por las que los demás huéspedes abandonan la casa.

Pero este mundo y el Palace-Hotel, aunque se parezcan en ser posadas provisionales, se distinguen en que el Palace nos es ajeno, y nuestra vida debemos sentirla (y la sentimos siempre, aunque la razón ascética arguya en contra sus argumentos verbales) como cosa propia. Al Palace vamos con el propósito de marcharnos libremente un buen día. Y de este mundo—en

© Biblioteca Nacional de España

principio — no nos vamos mientras no nos echen por fuerza. Eso de «morir de la propia muerte», como no quiera decir morir de consunción natural o de suicidio directo o indirecto, es una de tantas frases vacías que corren por los libros contemporáneos. Nadie sale de esta posada, salvo los suicidas, sin que le echen. Las dos doncellas, en la *Danza de la Muerte,* bien quisieran ponerse a salvo:

> Mas non les valdrán flores e rosas,
> nin las conposturas que poner solían:
> de mí, sy pudiesen, partir se querrían,
> mas no puede ser, que son mis esposas.

Nada más legítimo, pues, que interrogar al que entra voluntariamente en la danza.

Sin pedanterías metódicas, sin la arrogancia de querer obtener respuestas de la muerte— no nos suceda lo que al leñador de la fábula— valdría la pena de emprender una serie de libres ensayos éticos sobre la materia, con todas las facilidades y holguras de una divagación.

ALFONSO REYES

© Biblioteca Nacional de España

Psicología de la curiosidad.

I.—Origen y función de la curiosidad.

Sin la inquietud de conocer la Verdad, en poco difiere un hombre de una cosa. No hay sentimiento más noble; ninguno dignifica más la condición humana. La curiosidad es un ala para volar sobre la realidad: observándola, experimentándola, aprendiéndola. Vivir es aprender; el que más aprende, vive más. Los hombres ignorantes vegetan; las naciones incultas sucumben. La genealogía de la civilización es una simple historia de la curiosidad humana a través de los siglos.

Cuenta una vieja leyenda egipcia que existió un simbólico santuario de la Verdad; columnas silenciosas, tostadas por el sol afiebrado, parecían formarle una decoración de hechizamiento. Llegábase hasta él por una interminable avenida que flanqueaban colosales esfinges, petrifica-

© Biblioteca Nacional de España

das en mutismo enigmático. Su ceño adusto desafiaba a los curiosos que insistían en llegar hasta el santuario, buscando solución a los interrogantes que la Naturaleza plantea al entendimiento humano. Inconmensurable era el camino; infinita la teoría de esfinges. Ninguna vida humana, fuera ella larga y laboriosa, habría bastado para arrancar a cada una su particular misterio. Así la vieja leyenda quería significar que al hombre le estaba para siempre vedado acercarse a la Verdad; y, en consecuencia, parecía aconsejar a los curiosos que desistieran de intentar un esfuerzo inútil.

La curiosidad humana no se rindió a la fácil moraleja. Lo que cada hombre, por sí solo, no podía avanzar en el arduo camino, lo intentaron conjuntamente los hombres más obstinados. Cada uno aprovecharía las respuestas obtenidas por sus precursores, coordinando las verdades parcialmente adquiridas en sistemas de verdades impersonales y colectivas: las ciencias.

Y a medida que los buscadores de la Verdad avanzan por la amplia avenida, van aprendiendo que la perspectiva es infinita. El santuario sigue siendo su objetivo ideal; aunque no ven la posibilidad de llegar a él, saben que ese es el camino a seguir, el único, y siguen la interrogación sucesiva de todas las esfinges que lo flan-

© Biblioteca Nacional de España

quean. Sin negar la esperanza de resolver los enigmas finales, atesoran día a día las respuestas parciales y provisorias obtenidas en la peregrinación.

De la curiosidad inteligente y organizada, madre y fuente de toda sabiduría, han nacido las «ciencias»; sólo merecen tal nombre aquellos sistemas de verdades que nos permiten satisfacer nuestras principales curiosidades respecto de los fenómenos que estudian, aunque nuestro afán de conocer desbordará siempre en mucho, a la posibilidad de satisfacerlo.

Todas las curiosidades no se equivalen; algunas son subalternas y otras admirables. Corresponden aquéllas al concepto vulgar que de ellas se tiene, siendo un vicio o una forma de instabilidad mental; otras tienen un objeto esencial para la vida y sus manifestaciones superiores constituyen la curiosidad intelectual. Son parientes, por su origen, si se quiere, pero su función y su dignidad son distintas. Hay que distinguir entre el prurito banal de inquirir sin motivo los mil chismes del día, los pequeños asuntos y secretos ajenos, las insignificancias que sólo pueden abastecer las charlas infecundas de los perversos e intrigantes, y el noble anhelo de colmar las lagunas de nuestra cultura, de conocer las causas y el ritmo íntimo de

© Biblioteca Nacional de España

lo que vemos: pasión desinteresada por aproximarnos a la verdad en la interpretación del mundo que nos rodea. En ambos casos encontramos, sin duda, un fondo común, la tendencia a descifrar incógnitas; pero mientras la una es índice de frivolidad, la otra es indispensable para alcanzar un alto desarrollo de espíritu. Más aún, los grandes pensadores suelen distraerse de las insignificancias que entretejen el diario afán de la mediocridad, porque, en ellos, la gran curiosidad destruye la pequeña, como la luz solar impide brillar a las luciérnagas.

En las raíces instintivas de la curiosidad hallamos siempre la reacción del organismo a las novedades que se presentan a nuestra experiencia y procuran excitar nuestros sentidos; esa reacción orgánica, esa actitud mental, es utilitaria en su origen. Verdad es que algunas veces la utilidad es directa o inmediata, mientras en otras es mediata o indirecta. Esta diferencia ha inducido en error a muchos pensadores, haciéndoles decir que hay una curiosidad utilitaria y otra desinteresada, sin advertir que en ésta el interés existió primitivamente, tornándose luego tortuoso u oblicuo.

La Rochefoucauld (1), v. gr., considera que

(1) La Rochefoucauld: *Máximas*, CLXXII.

© Biblioteca Nacional de España

«hay varias clases de curiosidad: una interesada, que nos lleva a aprender lo que puede sernos útil, y otra de orgullo, que viene del deseo de saber lo que otros ignoran». Y, en una variante, amplía así su concepto: «La curiosidad no es, como se cree, un simple amor de la novedad; hay una interesada, que nos instiga a conocer las cosas para prevalernos de ello, y hay otra de orgullo que nos induce a ponernos sobre los que ignoran las cosas y a no colocarnos debajo de los que las saben» (1).

El supuesto de que existe una curiosidad desinteresada suele aplicarse con frecuencia a su forma intelectual. James (2) entiende que en cierta época de la vida llega a su máximum nuestra sensibilidad frente a ciertas lagunas de nuestro conocimiento, o el placer de resolver determinados problemas, facilitándose la adquisición de conocimientos científicos; «pero estos efectos pueden haber sido ajenos al destino de nuestro cerebro» y sólo en los últimos siglos podrían haber influído sobre la selección de las razas o los grupos humanos.

No obstante su importancia, esta función biológica tiene una bibliografía reducida. Encon-

(1) *Idem*, *Máximas* - Variante: CLXXXII.
(2) James: *Principios de Psicología*.

© Biblioteca Nacional de España

tramos mencionada la curiosidad, en su sentido vulgar, en los clásicos de la ética y de la filosofía; algunos modernos la enumeran al hablar de los sentimientos intelectuales y los libros de ciencia pedagógica enuncian la ventaja que habría en utilizarla convenientemente en la educación. Su psicología suele involucrarse en el estudio de la atención; sobre su patología sólo tenemos observaciones incidentales.

Para Descartes la curiosidad es un deseo (1) y para Malebranche una inclinación (2); ambos se limitan a mencionarla, sin profundizar su génesis. Los contemporáneos concuerdan en considerarla un instinto (Darwin, Romanes, Spencer, Ribot, James, Patrizi, Ferriani, Thomas), inclinación (Garnier, Boucher), tendencia (Hoffding) o sentimiento derivado de ellos (Mercier). Concuerdan todos en que es un fenómeno primitivo de nuestra vida mental, pero el proceso genético de su formación aún no ha sido claramente explicado.

Si concebimos la vida como una continua adaptación del organismo viviente al medio en que vive, las funciones psíquicas se nos presen-

(1) Descartes: *Traité des passions,* II part., art. 70, 88, pass.

(2) Malebranche: *Recherche de la Verité,* libro IV.

© Biblioteca Nacional de España

tan como un sistema regulador de ese equilibrio, provocador de movimientos apropiados a las condiciones externas que los sentidos nos revelan. Vivir y pensar son funciones activas, incesantes; las condiciones físico-químicas de la materia viva establecen sus tendencias a la actividad, siendo el movimiento su manifestación más característica. La actividad vital busca el equilibrio entre el ser vivo y su medio: la adaptación. Esa tendencia al movimiento choca con las resistencias ambientes: los sentidos son los medidores de las resistencias y su excitación regula las reacciones motrices que adaptan el ser vivo al medio. En esa necesidad orgánica de «conocer para adaptarse» encontramos el origen biológico de la curiosidad.

El conocimiento del medio por los sentidos constituye la experiencia. La curiosidad puede llevarnos a conocer la realidad o a equivocarnos respecto de ella; en el primer caso la experiencia es exacta y nos encamina hacia la verdad; en el segundo hay errores de los sentidos que llevan a la ilusión o a la alucinación, bases del error, y que se refieren a las sensaciones mismas o a sus *representaciones*.

La experiencia de los sentidos es, pues, una función biológica y la tendencia a efectuarla es lo que suele designarse con el nombre de curio-

© Biblioteca Nacional de España

sidad. Derivando de funciones de adaptación, primordiales en la vida de todas las especies vivientes, la curiosidad es primitiva y se explica su importante función en la vida individual o social.

Observa James que la curiosidad y el miedo constituyen una pareja de emociones antagónicas, pudiendo ser provocadas las dos por el mismo objeto exterior y siendo útiles ambas al ser que las posee. El espectáculo de su alternación en los animales que se encuentran por vez primera frente a un ser u objeto desconocido, suele ser ameno. Si los objetos nuevos pudieran ser siempre útiles, sería mejor para el animal no tenerles miedo en ningún caso: pero como pueden ser nocivos les conviene no ser indiferente ante ellos, permanecer en guardia, cerciorarse de lo que pueden ser y hacer, antes de decidirse a estar tranquilos en su presencia. La base instintiva de toda curiosidad biológica y humana reside, pues, en la «novedad» de lo que se presenta a nustros sentidos, sin que sepamos si es útil o nocivo. En el curso de la evolución, específica o individual, aparecen otros factores que modifican el primigenio interés defensivo que nos despiertan las cosas, a punto de ser difícilmente perceptible en las manifestaciones superiores de la curiosidad intelectual.

© Biblioteca Nacional de España

Es siempre utilitaria, sin embargo; una ampliación de la experiencia implica un conocimiento menos inexacto de la realidad y constituye una ventaja en la lucha por la vida, favoreciendo la adaptación y la supervivencia. Se comprende que los excitantes de la curiosidad intelectual pueden no ser ya objetos, sino modos de concebir los objetos mismos; pero nuestra curiosidad tiende a llenar las lagunas de las síntesis mentales efectuadas sobre las partes de realidad que más nos interesan, buscando el equilibrio de nuestras ideas y facilitando la adaptación de nuestra conducta a un cierto concepto del medio a que nos adaptamos.

Concuerdan los biólogos en admitir que la sensibilidad es un caso particular de la irritabilidad protoplasmática, entendida ésta como una propiedad general de la materia viva. Después, a medida que los seres evolucionan, especializan tejidos y órganos que facilitan el cumplimiento de las diversas funciones necesarias para la conservación de la vida. Para llenar mejor su objeto, al constituirse órganos especiales, van apareciendo especializaciones definidas de la sensibilidad y del movimiento.

Las tendencias o inclinaciones se forman en el curso de la experiencia de la especie. Pueden referirse directamente a la vida física (como el

© Biblioteca Nacional de España

hambre o la sexualidad), o indirectamente por medio de la actividad mental: así se desenvuelven las tendencias estéticas, religiosas, intelectuales, etc.

La tendencia intelectual—o curiosidad—se manifiesta de modo inmanente o hereditario, orientada de la manera más eficaz para conocer la realidad ambiente, extendiendo el campo de la experiencia individual. Cada cosa que solicita nuestros sentidos o nuestra imaginación puede ser un objeto de curiosidad.

Producto de la experiencia filogenética, esa tendencia es adquirida en el curso de la evolución de las especies; adquiere caracteres más diferenciados en la evolución de la especie humana. Como tendencia corresponde a lo que en el lenguaje antiguo se designaba con el nombre de «instinto», que hoy comienza a rechazarse en biología y psicología, por lo menos con los caracteres que antes se le atribuían. Admítese ahora que no hay instintos fijos, sino variaciones adquiridas por la experiencia de nuestros antepasados, fijadas en hábitos y transmitidas hereditariamente. En este sentido diríamos que la curiosidad (o «instinto intelectual») es el hábito de la función de conocer, adquirido por la especie y transmitido hereditariamente como una tendencia.

© Biblioteca Nacional de España

La curiosidad se nos presenta, en suma, como una necesidad compleja de todo el organismo, subordinada a sus modificaciones orgánicas y bioquímicas: un estado de actividad de todo nuestro ser, que acomoda nuestros centros nerviosos más evolucionados para facilitar las percepciones o representaciones útiles a la vida. Sobre las bases de esa tendencia hereditaria desarróllase en los individuos el sentimiento intelectual y evoluciona hasta revestir caracteres varios y complicados.

Sus grados y aspectos difieren de individuo a individuo. Su función crece progresivamente en la evolución humana, encaminando las tendencias hereditarias hacia su más favorable actuación. Cuando la tendencia ha encontrado las condiciones propicias, asume caracteres volitivos, de acción, pudiendo en ciertos casos convertirse en verdadera «pasión intelectual», fase superior de nuestra vida afectiva, capaz de compeler la conducta en el sentido de la tendencia.

Respecto del origen y función biológica de la curiosidad, podríamos, pues, decir que la experiencia de los sentidos es una tendencia instintiva y la condición inicial del conocimiento de la realidad, indispensable para la adaptación. La curiosidad es el exponente funcional de esa tendencia y se revela con tantas manifestaciones

© Biblioteca Nacional de España

cuantos son los modos de la realidad cuyos enigmas intentamos descifrar. El «por qué» y «cómo» de las cosas están perpetuamente planteados ante nosotros, cual interrogantes cuyas soluciones relativas pueden servirnos en la lucha por la vida; sin olvidar, empero, que su respuesta absoluta es la perpetua quimera que escapa a nuestro esfuerzo y el estímulo incesante de la curiosidad humana.

Y es privilegio de los espíritus más altos, en las ciencias y en las artes, vivir con el ingenio alerta sobre todas las manifestaciones de la Naturaleza, escrutando sus secretos más íntimos, auscultando sus palpitaciones, descifrando sus problemas remotos y obscuros, multiplicando la propia vida por los cien caminos nuevos que hacia ella entreabre la curiosidad, a los que pueden decir como el poeta: «Nessuna cosa mi fu aliena; nessuna mi será mai, mente comprendo. Vigile a ogni soffio, intenta a ogni baleno, sempre in ascolto, sempre in attesa, pronta a ghermire, pronta a donare, pregna di veleno o di balsamo, torta nelle sue spire possenti o tesa come un arco, dietro la porta augusta o sul limitare dell'immensa foresta, ovunque, giorno e notte, al sereno o alla tempesta, in ogni luogo, in ogni evento, la mia anima visse come diecimila!» (1).

(1) D'Annunzio: *Le Laudi*, vol. I, págs. 23 y 24.

© Biblioteca Nacional de España

II.—Evolución de la curiosidad.

Un ser sin curiosidad sería incapaz de vivir; cada ser viviente es curioso a su manera. Lo es el gato, tendido ociosamente sobre un tejado, cuando sigue con ágil pupila a los pájaros que rayan la comba del cielo; lo es el gaucho que encontrándose en un bulevar moderno todo escruta con ojo sorprendido y avizor; curioso es el pobre de espíritu cuya mente pueblan de alarma intranquila todas las pequeñas incidencias que ocurren en torno suyo; y lo es el niño indiscreto que nos acosa con preguntas acerca de las mil novedades que inquietan su experiencia rudimentaria; y también la mujerzuela ávida de fruslerías que inclina su oído sobre el ojo de las cerraduras para atisbar secretos ajenos. Todo ello nos muestra diversas fases evolutivas de la curiosidad a través de las especies, de las razas y de los individuos, desde formas sencillas hasta expresiones complejas.

La vemos aparecer en los tramos rudimentarios de la evolución biológica; cualquier objeto desconocido puede excitarla y la atención es fa-

© Biblioteca Nacional de España

cilitada por el acercamiento al objeto y su exploración con las superficies tactiles, con la nariz, con los labios. Toda la operación de «tantear», es decir, el conocimiento por el tacto, tan difundido en la serie animal, es una manifestación de la curiosidad sensorial aplicada al conocimiento de las cosas. Con frecuencia observamos que los animales merodean en torno de un objeto desconocido, ocercándose a él mientras está inmóvil, husmeándolo, mirándolo, para fugar en cuanto observan un movimiento, por aquel antagonismo entre el miedo y la curiosidad que domina a todos los animales frente a lo desconocido. Los peces acuden donde aparece un objeto desconocido y pescadores hay que se valen de luces para llamarlos a sus redes. Entre los pájaros el hecho es más frecuente y la vivacidad de los colores suele atraerlos, dato conocido y explotado en cinegética. Quien quiera leer a Romanes (1) y Darwin (2), encontrará centenares de observaciones sobre la curiosidad en los animales.

Ella hace acudir millares de insectos en torno de nuestras lámparas eléctricas, en las noches estivales; ella, en lejanas tierras polares, induce

(1) Romanes: *Evolución mental*, págs. 283 a 351.
(2) Darwin: *Descendencia del hombre*, pass.

© Biblioteca Nacional de España

a los pájaros a aproximarse sin miedo al raro visitante de las comarcas, para conocer a su modo a los viajeros que constituyen una novedad en su humilde experiencia; ella, en nuestros jardines zoológicos, hace agolparse los monos a la rejilla cuando una mujer vestida con vivaces colores pasa por las inmediaciones; ella salva al minero de nuestras casas, haciéndole observar desde la entrada de su cueva si está en la habitación el temido gato que le acecha implacable. Cuentan los naturalistas la estratagema que en Ceylán se emplea para cazar fieras, fundada en la curiosidad que les produce una sensación nueva: atan un cencerro al cuello de un búfalo y le ponen sobre el dorso un canasto con antorchas encendidas; a medida que el búfalo penetra en la selva, acuden leopardos, jabalíes y otra caza mayor, atraída por lo insólito de la luz y el sonido; los cazadores, que vienen detrás, hacen fácil blanco sobre las fieras curiosas, que parecen suspensas y fascinadas. Notoria es la prueba que hizo Darwin sobre la curiosidad de los monos; no obstante el terror pánico que les infunden las serpientes, no resisten a la tentación de observarlas de cerca; dice el naturalista inglés que ellos se acercaban prudentemente, uno tras otro, a la caja o cartucho en que estaban, llegando hasta levantar la tapa o desenvolver la punta

© Biblioteca Nacional de España

del papel, huyendo en seguida aterrorizados.

Esta función de la curiosidad, estrechamente ligada con el conocimiento, es, sin duda, mayor en las especies que han alcanzado un desarrollo mental más considerable; por otra parte, tratándose de una función útil y selectiva, cada especie tiene curiosidades apropiadas a sus condiciones de vida. El hombre, en razón de su evolución más compleja, es el animal dotado de mayor curiosidad general y capaz de más vasta experiencia.

No es uniforme, sin embargo, la curiosidad humana, como no es homogéneo su nivel mental, en las distitas sociedades que constituyen la especie y en las diversas clases superpuestas en una misma sociedad. ¿Es curioso el hombre primitivo? ¿Cuáles son sus curiosidades preferentes? Conviene, en efecto, recordar que las hay elementales y complicadas, directamente contiguas a las sensaciones e indirectamente abstraídas de las mismas: curiosidades de los sentidos y curiosidades del entendimiento. Spencer refiere numerosos hechos que establecen su escasa curiosidad por los enigmas remotos que nacen de la contemplación meditativa (1); considera infundada la hipótesis poética que imagina al

(1) Spencer: *Principles of Sociology*, I, págs. 88-89.

© Biblioteca Nacional de España

hombre primitivo entregado a especulaciones sobre los fenómenos del mundo que lo rodea, no teniendo interés alguno de comprenderlos. Si esa curiosidad intelectual no existe en el hombre primitivo, las formas inferiores de la curiosidad son comunes en él. «La necesidad de conocer—observa Ribot—parece muy desigualmente repartida en las diversas razas; el único hecho universal es que la curiosidad primitiva se limita a cosas muy simples, que tienen o parecen tener una utilidad práctica. La curiosidad y el estado afectivo que la acompaña, tiene por fin la conservación del individuo, lo mismo que los otros sentimientos propios de ese período inicial de la evolución. Estar alerta, averiguar lo que es útil y lo que es nocivo, en una palabra «saber», es en el orden práctico un arma poderosa en la lucha por la vida, una causa de selección» (1) en favor de los curiosos y en contra de los indiferentes. Con ellos concuerdan los psicólogos modernos al admitir que en los pueblos primitivos son comunes las formas inferiores, inmediatamente utilitarias, escaseando la curiosidad intelectual.

Prueba de ello tenemos observando la mentalidad de las clases sociales inferiores considera-

(1) Ribot: *Psychologie des Sentiments*, pág. 371.

© Biblioteca Nacional de España

das como verdaderas razas primitivas vivientes en medio de la civilización moderna (1). El gaucho hipotético, a que hace un instante nos referíamos, meditando en la noche serena de la pampa sobre los hondos problemas que el universo plantea al espíritu humano, sólo puede concebirse como una excepción genial dentro de su ambiente y de su clase.

El hombre inculto, lo mismo que el salvaje, sólo es capaz de las curiosidades inferiores que sirven directamente a sus necesidades inmediatas. Atrasados en la civilización, equivalen a los retardados en la evolución humana, y, lo que es más significativo, equivalen también a los deficientes en su desarrollo individual.

Los que hemos frecuentado las dolorosas clínicas manicomiales sabemos que los deficientes, los imbéciles y los idiotas, poseen una curiosidad raquítica o subalterna, incapaz de manifestaciones superiores. Basta leer el conocido libro de Sollier (2) para advertir que la curiosidad del idiota es casi nula; lo que se mueve o acontece en torno suyo no le interesa; sus sentidos parecen obtusos, rebeldes a toda nueva experiencia; su ojo no escruta, su labio no interroga, su oído

(1) Nicéforo: *Anthropologie des classes pauvres.*
(2) Sollier: *Psychologie de l'idiot et de l'imbécile.*

© Biblioteca Nacional de España

no se adapta a los sones, su entrecejo no se frunce jamás para indagar un «cómo» o un «por qué». El imbécil tiene, en cambio, la curiosidad del primitivo, del ignorante o del niño; su espíritu es incapaz de fijarse o coordinarse en un sistema y su curiosidad es instable, fatua, mariposeadora; mil preguntas revelan su indigencia intelectual cada vez que un objeto o un hecho se presenta a la experiencia de sus sentidos, sin ser capaz siquiera de esperar una respuesta o de comprenderla.

En el imbécil, que suele acosar con preguntas absurdas o desatinadas, sólo encontramos la caricatura de la curiosidad intelectual.

La curiosidad del niño aparece con los mismos caracteres que la del primitivo, del inculto y del deficiente. Para él casi todo es nuevo y está naturalmente inclinado a interesarse por cuanto se le presenta; las cosas más insignificantes son objeto de su curiosidad, por lo menos hasta que las comprende.

La curiosidad es manifestación de inteligencia que despierta y desea ejercitarse en el conocimiento de la realidad. El niño aburrido, apático, indiferente, el que nunca pregunta el cómo y el por qué de las cosas, ese alabado niño «discreto», que no compromete a las mamás imprevisoras, no es inteligente. La tendencia a cono-

© Biblioteca Nacional de España

cer se manifiesta primero como necesidad de emociones; eso explica en gran parte la rapidez con que el niño adquiere, transforma y abandona sus gustos, los incesantes caprichos que hacen variar constantemente sus preocupaciones, dirigiendo en sentido múltiple su curiosidad instable. Más tarde el niño inteligente se vuelve travieso; todo lo inesperado o novedoso le interesa y llega hasta buscar los pequeños peligros en que se balancea la curiosidad y el miedo. En un período ulterior comienza a elevar y complicar su curiosidad; después de romper un muñeco para ver lo que tiene dentro, desarma su primer reloj buscando el secreto del engranaje, abre el cadáver de un pez o de un ave doméstica para cerciorarse de su configuración anatómica, o desenvuelve un cohete para descubrir el secreto de las sustancias explosivas. Y así, poco a poco, la experiencia lo va poniendo en posesión de la realidad; la instrucción sería prácticamente imposible si no existiera la curiosidad. El niño debe ser curioso, cuanto más curioso, más educable. El que no sienta el aguijón de la curiosidad, será tardío y mezquino para enriquecer su patrimonio intelectual.

Suele atribuirse a la mujer la curiosidad inferior que acabamos de consignar como propia de las mentalidades deficientes o en formación; el

© Biblioteca Nacional de España

teatro y la novela picaresca han sacado abundante partido de esta malhadada curiosidad femenina y nos hemos acostumbrado a suponer que la mitad del género humano invierte sus horas en atisbar lo que pasa en la casa del vecino, en averiguar detalles de las vidas ajenas, en interesarse por la crónica de los crímenes pasionales y en análogas manifestaciones de la curiosidad subalterna. El hecho no es axacto sino a medias; es el resultado de una actividad mental no encauzada en ningún sentido útil, exenta de preocupaciones y de trabajos, quedando las manos y la lengua libres. Alejadas de las grandes actividades intelectuales, sociales, políticas y económicas, que el hombre monopoliza, ellas se ven obligadas a interesarse por menudencias y fruslerías que llenan su existencia mientras no sobreviene su gran función biológica y social: la maternidad. No olvidemos, para ser justos, que existe infinidad de hombres en condiciones semejantes y que las mujeres ilustradas pueden estar exentas de esas pequeñeces de espíritu que nivelan su curiosidad con la del niño y del primitivo.

La evolución de la curiosidad muestra un paralelismo entre ella y el desarrollo mental, así como el advenimiento paulatino de curiosidades cada vez más indirectamente utilitarias. La cu-

© Biblioteca Nacional de España

riosidad, como la vida, tiene innumerables gradaciones: desde el animal que palpa y husmea hasta la genialidad de un Aristóteles o un Bacon que ansiosamente anhela conocer y comprender todos los misterios de la Naturaleza.

José INGENIEROS

© Biblioteca Nacional de España

SONETOS

I

Angelus del Tramonto.

Y nada más: para las primaveras
que ofrenden sus corolas campesinas,
otra Pascua Florida en las praderas
y un viento pastoral en las colinas.

Cuando lleguen las calmas vespertinas
a darnos sus ternuras postrimeras,
habrá un poco de sol en las cortinas
y un florecer en las enredaderas.

Y, como en las historias de ermitaños,
que nos colme un perfume, el de los años,
una lumbre de amor que nos aguarde,

y un cansado balcón que mire hacia
lo más remoto en que nos dé su gracia
el azul difundido de la tarde...

© Biblioteca Nacional de España

II

A una semienlutada.

En tus ojos — acaso te desvelas —
está la ensoñación de los frondajes
que atenúa la luz en los paisajes
de los ríos que arrastran cantinelas.

Ojos de las magníficas abuelas
que suspiraron entre los encajes:
son vagos como son ciertos plumajes
y tornasoles como algunas telas.

He visto en el tramar de tus pestañas
eso que deja el sol en las montañas
cuando se va... Tantos recuerdos rielas

en ellos, que no sé qué de adorable
tienen en su misterio inexplicable
de frondas, de plumajes y de telas...

RAFAEL HELIODORO VALLE

© Biblioteca Nacional de España

"La Corte del Cuervo Blanco"

Fábula escénica de Ramón Goy de Silva.

Conforme hemos ofrecido en nuestro número anterior, publicamos aquí algunas escenas de «La Corte del Cuervo Blanco», obra que, a juicio del insigne filólogo don Julio Cejador, «es más humana, más sencilla, más profunda, más acabada que *El pájaro azul*, de Macterlink, y que el *Chantecler*, de Rostand». (Véase el estudio crítico que este sabio profesor de Filosofía y Letras de nuestra Universidad Central, hace de las obras de Goy de Silva, en el número VII de CERVANTES.)

JORNADA CUARTA

Salón en el Palacio del Cuervo Blanco. Al fondo,

© Biblioteca Nacional de España

por el intercolumnio del pórtico, se ve el jardín ilimitado donde los macizos de mirtos y los cipreses distantes simulan túmulos en un cementerio lleno de sombras y claridades fantásticas.

I

LA COTORRA Y EL MOCHUELO

Salen por uno de los corredores laterales.

La Cotorra.—Estoy maravillada, no sé cómo agradeceros el favor que me habéis dispensado... ¡Qué solemnidad...! Nunca he visto nada semejante... El salón del trono suntuoso, esplendente... y la Sede áurea, asiento de Su Potestad, sobre altas gradas y bajo un dosel de púrpura y armiño. ¡Magnífico espectáculo! ¿Os fijasteis? ¡Tras el venerable Cuervo Blanco, el Pavo Real y el Ave Lira con sus colas desplegadas...!

El Mochuelo.—¡Es todo un símbolo...! Aquí todo es simbólico...

La Cotorra.—He notado que el Aguila ocultaba a duras penas su contrariedad, parecía humillada.

© Biblioteca Nacional de España

El Mochuelo.—¿Por qué?

La Cotorra.—Su sitial estaba mucho más bajo que el de Su Potestad; ¡ella que vuela tan alto...!

El Mochuelo.—No debe ofenderse... ¿Quién, por muy alto que vuele, puede compararse al Cuervo Blanco en excelsitud?

La Cotorra.—El Aguila es una majestad soberbia y poderosa; sus dominios se extienden desde las heladas estepas de la Siberia hasta las calidas llanuras del Africa meridional, y aún más allá.

El Mochuelo.—Sí, pero Su Potestad gobierna en todas partes y no sólo las aves, sino todos los seres alados que en el aire viven, a él rinden homenaje.

La Cotorra.—¿Todos?

El Mochuelo.—Ya acabáis de verlo... El mismo rey Mariposón ha jurado acatamiento y aceptó como un gran honor, sin el menor escrúpulo, la insignia de la Paloma blanca... ¡Es verdaderamente estupendo!

La Cotorra.—¿Tanta importancia concedéis a eso?

El Mochuelo.—¡Y sois vos quien me hace tal pregunta! ¿Ignoráis la significación, la trascendencia de un acto semejante...? ¡Es la abdicación de todo el pasado espiritual de una raza fanática...! El Oriente renegando de sus ideas, de su

© Biblioteca Nacional de España

fe, de su leyenda histórica... ¡Es la profanación de una tumba sagrada que contiene el alma de mil generaciones...! Es ¡oh, triunfo supremo!, la victoria decisiva de la Paloma blanca sobre el Dragón alado... el legendario Dragón de oro...

La Cotorra.—¿Y a qué artes mágicas se debe esa victoria...? ¿Al Cuervo Negro, al Murciélago, al Aguila...? Porque Su Potestad no ha dicho una palabra durante la Asamblea.

El Mochuelo.—Sabed que Su Potestad no habla nunca en actos semejantes; por él piensa el Gran Buho, que es la sabiduría y cuyas ideas expone el Gran Cacatúa, vuestro noble pariente, que es la elocuencia.

La Cotorra.—¡Cuánto honor para mí...! Verdaderamente, y esto sin que me ciegue la pasión, fué su discurso magistral y emocionante en alto grado... Estoy segura de que llevó el convencimiento al ánimo de todos...

El Mochuelo.—No lo dudéis, merced a él se convirtió el rey Mariposón y se condenó al Cuervo Negro y a todos sus sectarios con el Murciélago y la Mosca al frente... ¡Qué gloria para el imperio del aire! Hoy es el primer día que brilla esplendoroso el gran topacio en el manto azul, que es la real vestidura de la Paloma blanca...

La Cotorra.—Parece mentira que seais vos,

© Biblioteca Nacional de España

un Mochuelo, quien hable así, con tanto entusiasmo.

El Mochuelo.—¿Por qué? Ya os he dicho que he renegado de mis falsas creencias... Las bellas ideas expuestas a la luz, me han convertido.

La Cotorra.—¡Y todo eso es obra de mi ilustre primo, el Gran Cacatúa...!

El Mochuelo.—No os enorgullezcáis tanto, que también a mí me corresponde en parte esa gloria... Soy primo del Gran Buho, y éste, ya lo sabéis, es el cerebro que discurre... es la inteligencia, la idea... El Cacatúa no es más que la palabra...

La Cotorra.—¿Queréis restarle méritos ahora...? ¿De qué servirían las ideas sin esa palabra que tratáis de menospreciar?

El Mochuelo.—Menos aún serviría la palabra sin las buenas ideas.

La Cotorra.—¡Menos, nunca...! La palabra es siempre luz; las ideas sólo son colores... encerrad esos colores en la obscuridad de un cerebro y veréis lo que brillan si no los ilumina la luz, que es la que da a todas las cosas expresión y vida.

El Mochuelo.—Y si yo os dijese lo contrario, que las palabras sólo son colorines y la verdadera luz son las ideas, ¿qué diríais?

La Cotorra.—Que me lo demostraseis.

El Mochuelo.—Las ideas son la luz que ilumi-

© Biblioteca Nacional de España

na las negruras del cerebro; las palabras sólo son los diversos matices con que dicha luz se manifiesta.

La Cotorra.—No estoy conforme...

El Mochuelo.—Ni yo insistiré en convenceros... Sé muy bien que nadie cree más que lo que quiere o le conviene creer. De todos modos no discutiré a ninguno sus méritos, y a todos los concedo por igual... Si tuviésemos aquí Falerno y copas brindaríamos a la salud y por la gloria del elocuente Cacatúa y del Buho pensador.

La Cotorra.—Aquí vienen, precisamente... ¿Queréis que les hagamos presente nuestro testimonio de admiración?

El Mochuelo.—Creo más prudente retirarnos... Vendrán a conferenciar... están muy preocupados con el asunto de la princesa Mariposa... quieren casarla... Ya sabéis que hay dos candidatos a su mano: el Moscardón y el Ruiseñor, o, lo que es lo mismo, la Ambición y el Amor... éste es el protegido del Cuervo Blanco; pero el Moscardón es el predilecto del rey Mariposón. Es esta una difícil cuestión diplomática en la que, seguramente, vencerá quien tenga más astucia. ¿Queréis que paseemos por el jardín? Oiremos los comentarios de los congresistas.

La Cotorra.—Como gustéis.

© Biblioteca Nacional de España

Vanse lentamente, por el atrio, hacia el jardín.

II

EL BUHO Y EL CACATÚA

Por el lado opuesto al que han seguido la Cotorra y el Mochuelo al partir.

El Buho.—Detengámonos aquí, si os parece bien, mi ilustre compañero; no hay nadie en esta sala.

El Cacatúa.—¿No teméis a los espías del Cuervo Negro?

El Buho.—¿Vos, sí?

El Cacatúa.—

Con inquietud.

Sí; ¿a qué ocultároslo...? Esos seres me hacen vivir en constante alarma... Andan en la sombra y son capaces de fraguar los más terribles planes...

El Buho.—Si tanto les teméis, ¿por qué no habéis callado?

© Biblioteca Nacional de España

El Cacatúa.—Si hablé fué obedeciendo a una fuerza superior a mi voluntad, a todos mis temores... Era la conciencia quien me exigía imperiosamente... Además vuestras ideas eran tan hermosas que hubiera sido una gran falta no lanzarlas a la publicidad... Pero ya veréis cómo es a mí a quien echarán toda la culpa.

El Buho.—Bien saben ellos que ni vos ni yo somos los responsables... Nuestro deber es cumplir la voluntad de Su Potestad...

El Cacatúa.—Pero Su Potestad es inviolable...

El Buho.—Para ellos nada hay inviolable, ni aun el ser poderoso en quien está encarnado el espíritu de la Paloma blanca.

El Cacatúa.—Por eso les temo.

El Buho.—Somos el saber, *somos* la justicia, somos la verdad... Nada debe contenernos en el fiel cumplimiento de nuestra misión; nada debe inquietarnos mientras guarde silencio la voz de nuestra conciencia. Sabed que la conciencia no habla más que cuando tiene que censurar... ¿Os dice algo la vuestra?

El Cacatúa.—A fe mía que no.

El Buho.—Pues basta, y ahora permitidme un consejo acerca de los deseos expuestos por el rey Mariposón.

El Cacatúa.—Decid.

El Buho.—Ya sabéis cuál es la voluntad de

© Biblioteca Nacional de España

Su Potestad... Me refiero al casamiento de la princesa Mariposa...

El Cacatúa.—Sí, que el Ruiseñor sea el candidato triunfante.

El Buho.—La victoria del Moscardón sería para nosotros una derrota fatal... El Cuervo Negro y sus sectarios le protejen y emplearán, para favorecerle, todas sus malas artes. Tienen de su lado a la muerte y al espíritu del mal.

El Cacatúa.—La vida, en cambio, es nuestra, y vos, que sois la sabiduría, poseeis también el valor contra las asechanzas nocturnas... ¿Qué puedo hacer yo?

El Cacatúa.—

Viendo llegar a alguien.

Callad... Vienen a interrumpirnos.

El Buho.—¿Quiénes son?

El Cacatúa.—Nuestros enemigos, la Mosca y el Murciélago.

El Buho.—Vamos en busca del Ruiseñor.

El Cacatúa.—En el jardín lo encontraremos, seguramente.

Vanse por el atrio.

© Biblioteca Nacional de España

III

LA MOSCA Y EL MURCIÉLAGO

La Mosca.—

Viendo partir al Buho y al Cacatúa.

¡Cobardes...! Nos temen y se alejan.

El Murciélago.—Ya tomaremos la revancha... Nuestra primera víctima será el Ruiseñor... ¡Oh, ese gran Moscardón es digno de ser nuestro protegido...! Es la codicia personificada... No ama a la Mariposa, pero aspira a ocupar el trono de su padre... Este, por su parte, no menos egoísta, ambiciona los tesoros del tirano de abejas... La princesa será entre ellos el lazo de unión, y la ganancia, al fin, la llevaremos nosotros.

La Mosca.—¡Qué triunfo...!

El Murciélago.—Dadlo por seguro y disponeos a la lucha... Aquí vienen los adversarios.

Se ocultan entre las columnas.

© Biblioteca Nacional de España

IV

LA MOSCA Y EL MURCIÉLAGO; LA MARIPOSA Y EL RUISEÑOR POR EL JARDÍN

La Mosca.—No nos han visto; ¿los dejamos pasar?

El Murciélago.—Observémosles.

La Mariposa.—

Tristemente.

He obtenido de mi padre el consentimiento para decirte adiós.

El Ruiseñor.—¿Cómo es posible que pronuncies esa palabra...? Has prometido no abandonarme nunca. ¿Crees que yo podría vivir sin ti...? Te seguiré adonde quiera que vayas.

La Mariposa.—¿Al reino de mi padre...? ¡Te matarían!

El Ruiseñor.—Mejor es morir que vivir sin ti... Todo es preferible a verte casada con ese aborrecido Moscardón.

La Mariposa.—Eso no sucederá... Jamás seré de otro, sino tuya...

El Ruiseñor.—¿Por qué no huimos...?

La Mariposa.—¿Adónde...? ¿Qué asilo hay más seguro que éste...? Si el Cuervo Blanco no

© Biblioteca Nacional de España

es bastante poderoso para defendernos, ¿quién ha de ampararnos mejor?

El Ruiseñor.—Iremos al azar, solos, por el sendero florido del mundo... Cruzaremos el país del ensueño, el país de la ilusión, entre las montañas azules y los valles color de esmeralda... Descansaremos a la sombra de las palmeras milenarias y beberemos el agua de los manantiales perennes... Yo velaré en las noches tu sueño, con mi canto, bajo la mirada blanca de la luna... Preguntaremos a las esfinges sus secretos, y ellas nos mostrarán el país de la felicidad... Las esfinges no hablan, porque están más allá de la vida, en el reino del misterio... no hablan, pero en sus ojos videntes se descubre lo ignoto... Ellas miran sobre los horizontes perdidos que trazan un límite a las tierras agostadas... Miran más allá de los horizontes terrenos a los mundos lejanos del Amor...

La Mariposa.—

Con voz emocionada y leve.

Más allá de los horizontes lejanos... ¿Quién nos conducirá...?

El Ruiseñor.—Buscaremos a las quimeras que tienen alas de pegaso, colas de salamandra y ga-

© Biblioteca Nacional de España

rras de dragón...; buscaremos a las quimeras que tienen cabeza humana, como las garudas, y cantan como sirenas y tienen busto de mujer... Ellas pasan por los bosques, cual los centauros; por los aires, cual las nubes; por los ríos, cual las ondinas, y por el fondo del mar... Y pasan también por las regiones del fuego y van adonde quiera llevarlas nuestra fantasía...

La Mariposa.—No podremos huir de la tierra... lejos de aquí no habrá asilo seguro... Mi padre nos perseguirá sin piedad... Fuera del amparo del Cuervo Blanco, ¿quién es bastante fuerte para defendernos de las iras del rey Mariposón?

El Ruiseñor.—El Aguila.

La Mariposa.—El Aguila es menos poderosa que Su Potestad... El Cuervo Blanco tiene el poder espiritual que domina todas las fuerzas.

El Ruiseñor.—El Aguila es más fuerte que el rey, tu padre, y que todos los reyes... Todos ellos juntos no podrían luchar con sus ejércitos de buitres y condores, grajos y halcones, y milanos...

La Mariposa.—¿Tienes su protección?

El Ruiseñor.—Confío en que nos protejerá... más que por servirnos a nosotros, para castigar al Moscardón y a las aves nocturnas...

El Murciélago.—

© Biblioteca Nacional de España

A la Mosca.

¿Oís...? Hablan de las aves nocturnas...

La Mosca.—Eso no va por mí... Yo soy insecto...

El Ruiseñor.—Al Murciélago, sobre todo...

La Mariposa.—Sobre todo a la Mosca miserable...

El Murciélago.—¿No os dais por aludida ahora...?

La Mosca.—Hablad vos.

El Murciélago.—

Con voz airada.

¿Quién nos llama?

La Mariposa.—

Asustada.

¡Ellos...!

El Ruiseñor.—No temas.

La Mosca.—

Avanzando unos pasos.

¿Nos llamabais?

El Ruiseñor.—

© Biblioteca Nacional de España

Con desprecio.

Nada queremos con vosotros. ¿Cómo es que aún estáis aquí...? La Asamblea os ha condenado... os ha desterrado...

El Murciélago.—¿Y creeis que puede expulsarse, así como así, a seres de nuestra condición...? Tenemos aquí nuestros intereses, nuestros bienes... Mientras no nos los devuelvan no nos echarán.

El Ruiseñor.—¿Qué bienes, qué intereses son los vuestros...? ¿Los que habéis usurpado? ¿Cómo restituiréis todo el óleo que absorbisteis de las siete lámparas sagradas, durante mil años... toda la sangre de inocentes víctimas que habéis aspirado, en vuestro insaciable vampirismo?

La Mariposa.—Mil tormentos no bastarían para castigar vuestros crímenes.

El Ruiseñor.—Pesáis sobre la tranquilidad humana como las tempestades sobre el mar...

La Mariposa.—Sois para la felicidad de la vida como las nubes negras que ocultan al sol; pero que no pueden apagarle.

La Mosca.—¿Y qué podéis echarnos en cara vos, *inocente* Mariposa...? Preguntad a las flores de todos los jardines quién ha libado el néctar de sus corolas...

La Mariposa.—Yo soy la vida... ¿Quién a la

© Biblioteca Nacional de España

Vida puede dar mejor sustento que las flores...? ¿Perecen acaso por nutrirme...? Mis libaciones en los cálices de las rosas son como los besos en los labios de los amantes... Cuando yo paso por los senderos floridos, bajo la caricia del sol, todos los capullos se abren en rosas para ofrecerme el néctar de sus corolas... Yo bebo en todas las fuentes del camino y beso en la boca a la juventud que revive a mi contacto y no se marchita, hasta que llegas tú, ¡la Implacable...!

La Mosca.—Y en eso estriba mi gloria... ¡Ah...! ¿Visteis jamás poder mayor que el mío...? Destruyo lo que vos creais... ¿Qué son para mí todas las grandezas del mundo...? Volved atrás la vista... ¿Dónde está todo lo que fué y no existe...? ¿Adónde irá todo lo que ahora es y dejará de existir muy pronto...?

La Mariposa.—Yo no miro al pasado..., soy el presente y el porvenir... Todo lo que fué ayer, vuelve hoy a ser... Todo lo que es hoy, volverá a ser mañana lo mismo que ayer...

El Murciélago.—Y el Amor, ¿cuánto durará...?

El Ruiseñor.—Todo lo que dure la Vida... Mientras la Vida exista, el Amor vivirá... Soy la flor de cuyo néctar se nutre la Mariposa.

El Murciélago.—Ved aquí al rey Mariposón... Él tiene la palabra...

© Biblioteca Nacional de España

V

LA MARIPOSA, LA MOSCA, EL RUISEÑOR, EL MURCIÉLAGO Y EL REY MARIPOSÓN; DESPUÉS, EL BUHO Y EL CACATÚA.

El Rey Mariposón sale pomposamente de una de las galerías laterales, seguido de su corte de abejas, ninfalos, crisomelas y colibríes. Al mismo tiempo llegan del jardín el Buho y el Cacatúa.

La Mariposa.—

Yendo al encuentro del rey, su padre.

Señor, ¿venís a buscarme...?

El Rey Mariposón.—

Severamente.

¿Con quién hablabais?

La Mariposa.—Me despedía de mi amado Ruiseñor.

El Rey Mariposón.—

© Biblioteca Nacional de España

Con disgusto.

Os prohibo dar ese nombre de amado, a otro que no sea vuestro esposo, y el Ruiseñor no lo será... Una princesa de vuestro linaje debe unirse a quien por su posición sea digno de ella... ¿Quién es el Ruiseñor...? Un vagabundo... Un artista errante que vive de limosna y come las sobras de nuestros festines... ¿Cómo es posible que pongáis vuestra ilusión en un sér que ni aún tiene la delicadeza de presentarse con decoro...? ¿No habéis reparado en el contraste que forma su mísero ropaje al lado de vuestras galas...? ¿Es tan pobre que no pudiendo elevarse a vuestro nivel quiere haceros descender al suyo...? Si fuese igual a vos en prosapia y fortuna... o si tuviese un pedestal de oro en que alzarse para poder miraros frente a frente, comprendo que creyeseis en su amor y en su desinterés; pero así...

La Mariposa.—

Con pasión.

Así es como creo más en él... Es el Amor y para elevarse no necesita de ningún pedestal... tiene alas que le conducen adonde quiere su voluntad... No tiene tesoros que guardar y vuela libremente por el mundo llevando consigo a la Vida, que sólo a su lado puede existir feliz...

© Biblioteca Nacional de España

El Rey Mariposón.—

Despótico.

¡Callaos!

La Mariposa se inclina resignada. El Rey Mariposón da órdenes a uno de sus chambelanes.

La Mosca.—

Al Murciélago.

¿Habéis oído...?

El Murciélago.—He adivinado... Pero no es lo que el Rey Mariposón dice a su hija de mayor interés, seguramente, que los consejos que el Ruiseñor recibe en este instante del Cacatúa inspirado por el astuto Buho.

La Mosca.—Astucia por astucia... formemos nuestro plan...

Siguen hablando.

El Buho.—

Al Cacatúa, que habla aparte con el Ruiseñor.

© Biblioteca Nacional de España

El Rey Mariposón da instrucciones a uno de sus chambelanes, y el Murciélago y la Mosca urden un complot... No debemos perder un instante si hemos de realizar con éxito nuestra empresa.

El Cacatúa.—

Al Ruiseñor.

Ya lo oís... No tenéis tiempo que perder... contad con nuestra protección... pero no olvidéis después que hayáis triunfado que a nosotros debéis vuestra felicidad y vuestra fortuna.

El Ruiseñor.—¿No os basta mi promesa de adhesión?

El Cacatúa.—Prestad juramento... De todos modos sólo os ligará a nosotros un compromiso moral; pero no necesitamos otra garantía.

El Ruiseñor.—¿Y si pierdo mi causa?

El Cacatúa.—Entonces perderemos todos vuestros parciales y a nada quedaréis obligado.

El Ruiseñor.—

Con decisión.

Sea, pues, como deseais... Lo juro por el mismo éxito que anhelo.

El Cacatúa.—

© Biblioteca Nacional de España

Al Buho, sin ocultar su alegría.

¿Oisteis? ¡Ha jurado...!
El Buho.—

Al Ruiseñor.

Id, pues, a vuestro objeto y confiad en recibir pronto la bendición de Su Potestad.
El Ruiseñor.—¿En compañía de la que amo?
El Buho.—Sí.

El Ruiseñor hace ademán de ir junto al Rey Mariposón; pero en este instante se le aproxima el chambelán, a quien el Rey dió secretamente sus órdenes, y le habla aparte.

El Rey Mariposón.—

A los de su séquito.

Custodiad a la princesa y conducidla ante Su Potestad... Quédense a mi servicio cuatro gentiles hombres de mi cámara.

Son al momento obede-

© Biblioteca Nacional de España

cidas sus órdenes, y la Mariposa se dispone a partir.

La Mariposa.—

Gratamente sorprendida al ver entre los que la rodean a la Abeja.

¿Vos aquí, amiga mía...? ¿A qué debo la dicha de hallaros a mi lado?

La Abeja.—Mi amada princesa, ¿olvidáis que he sido desencantada con vos...? Al recobrar mi libertad no quise abandonaros y vengo dispuesta a haceros compañía, siempre que vos me lo permitáis...

La Mariposa.—¡Oh...! ¿No os separaréis de mí nunca...? Seréis mi amiga, mi hermana...

Con súbita tristeza.

Pero, ¿qué ilusiones estoy forjándome...? ¡Cuando quieren hacer de mí el ser más desventurado del mundo...!

La Abeja.—No os desconsoléis... El Moscardón no será vuestro esposo, si así lo deseais... ¿Queréis oir mi consejo?

La Mariposa.—

Con ansiedad.

© Biblioteca Nacional de España

¡Decid, decid...! ¡En oirlo está interesada toda mi alma...!

A un gesto del Rey Mariposón se interrumpe el murmullo de las conversaciones. La Mariposa dirige a su padre una última mirada de súplica; pero éste, inconmovible, le indica con ademán imperioso una de las galerías, por la que sale la princesa seguida de la Abeja y del acompañamiento. En este instante se oyen los graves acordes de una marcha augusta.

VI

EL RUISEÑOR, LA MOSCA, EL MURCIÉLAGO, EL BUHO, EL CACATÚA, EL REY MARIPOSÓN Y ALGUNOS CHAMBELANES Y PAJES DEL REY

El Ruiseñor.—

Yendo hacia el Rey Mariposón, en actitud respetuosa y firme.

© Biblioteca Nacional de España

Señor, acabo de saber por vuestro siervo la proposición que os dignáis hacerme, con ánimo de honrarme, seguramente; pero que yo no puedo aceptar, ni aceptaría aunque me ofrecieseis en cambio vuestro reino... No es eso lo que anhelo, sino vuestra hija a quien he entregado mi albedrío.

El Rey Mariposón.—

Indignado.

¿Cómo os atrevéis a dirigirme tales frases...? En verdad vuestra audacia me admira... Necesario es que hayáis perdido la razón para hablarme así, cuando debíais prosternaros y expresar vuestra gratitud por la generosidad de quien pudiendo castigar vuestras faltas las perdona y aún hace más: os ofrece una limosna, considerando que estáis necesitado de ella.

El Cacatúa.—

Al Buho.

El despotismo no se hubiera expresado mejor... Temo que la susceptibilidad de nuestro patrocinado no le permita usar de diplomacia y le haga olvidar nuestros consejos... ¡Con menos hubiera yo perdido los estribos...!

© Biblioteca Nacional de España

La Mosca.—

Al Murciélago.

La balanza se inclina a nuestro lado... Falta le hacía ahora al mozo nuestra ayuda.

El Murciélago.—Ya se la prestan buena y no a mal precio nuestros vecinos.

El Ruiseñor.—

Después de una lucha íntima, dominándose al fin y comprendiendo las señas que le hace el Cacatúa.

Señor, me tratáis con rigor... Ser pobre, en el sentido que dais a esa palabra, es, sin duda, mi mayor delito... Seguramente no me hubierais humillado así, siendo yo, en vez de quien soy, por ejemplo...

Vacilante.

¿Quién podría deciros...? El hijo..., el heredero... o un aliado del Aguila real...

El Rey Mariposón.—

Burlonamente, con una risa forzada.

© Biblioteca Nacional de España

¡Qué gracia...! ¡Qué simpleza...! Ciertamente que no, caballerito... Pero habéis de convenir que entre el hijo, el heredero, o un aliado de un monarca tan poderoso, y vos, hay diferencia.

El Ruiseñor.—Y si ese heredero... ese aliado de que os hablo os pidiese a vuestra hija por esposa, ¿se la concederiais?...

El Rey Mariposón.—Sin duda... si ella le amaba.

El Ruiseñor.—Pues bien, señor, ved en mí en este momento al aliado del Aguila; que si no lo soy, en realidad, puedo serlo tan pronto os dignéis vos decir una palabra.

El Rey Mariposón.—

Creyendo ser objeto de burla.

¡Ah, ah...! ¿Todavía pretendéis mofaros...? Si no estáis loco, pensad que podéis pagar cara vuestra osadía.

El Ruiseñor.—

Inmutable.

Contestad, señor, dignáos contestar... Es el aliado del Aguila Real quien os lo ruega... ¿Me otorgáis a vuestra hija?... Pensad que ella me

© Biblioteca Nacional de España

ama tanto como detesta a ese miserable Moscardón, rey de zánganos y abejorros, que sólo pretende vuestra corona... Contestad, señor... Soy más rico que mi rival, y mi poder es mayor que el suyo... Tengo a mi mando una legión de buitres, con los cuales puedo obtener por la fuerza lo que no quieran darme de grado... No os pido vuestro reino, ni vuestros tesoros... sólo quiero a vuestra hija...

Prosternándose, suplicante.

¡No me neguéis tal ventura...!

El Rey Mariposón.—¡Basta de farsa...! Lo que hacéis es ridículo para vos y para quien como yo tiene la paciencia de escucharos, con menoscabo de su dignidad...

Con imperio.

¡Idos de mi presencia!

El Ruiseñor.—

Insistente.

¡Dadme a vuestra hija...!

El Rey Mariposón.—

© Biblioteca Nacional de España

Con impaciencia.

¿Todavía...?

El Ruiseñor.—

Tenaz.

¡Vuestra hija...! ¡Ella me ama y por nada en el mundo renunciaré a su amor...!

El Rey Mariposón.—

Con orgullo.

¿Queréis que os haga ver la distancia que hay entre ella y vos...? ¿Entre vos y su prometido...?

El Ruiseñor.—

En pie, con arrogancia.

¿Su prometido dijisteis...? ¿Queréis hacer un parangón...? Pues bien, señor, sea así... Pero prometedme que daréis por esposa a vuestra hija a aquel de nosotros dos que salga triunfante...

El Rey Mariposón.—¿Triunfante...?

El Ruiseñor.—Sí, al que demuestre ser superior...

El Rey Mariposón.—¿Superior en qué?

© Biblioteca Nacional de España

El Ruiseñor.—En lo que vos queráis... En riqueza y en fuerza, que es la única superioridad digna de consideración a vuestro aprecio... En inteligencia y corazón, que es la que yo comprendo y estimo... En todo desafío a ese rival, seguro de vencerle... ¿Consentís...?

El Rey Mariposón.—Demostrad vuestra superioridad, como decís, y no vacilaré en daros el premio que solicitáis, pues así os habréis hecho digno de mi hija, quien, desde este instante, espera ante Su Potestad la llegada del esposo para recibir la bendición nupcial. Yo voy a su lado, en tanto; pero os advierto que poco he de esperaros.

El Ruiseñor.—

Con el más vivo entusiasmo.

¡Oh, señor, os prometo que poco aguardaréis... es muy grande mi afán...!

Se oye más cercana la música. Todos miran al jardín.

El Rey Mariposón.—¿Conocéis ese himno...?

Con ironía.

© Biblioteca Nacional de España

El Aguila, vuestro aliado poderoso, viene, sin duda, en vuestro auxilio... Debo dejaros solo en su presencia... Adiós...

El Ruiseñor.—No olvido, señor, que me esperáis...

El Rey Mariposón.—

A sus chambelanes, confidencialmente.

¡Pobre joven... está loco!...

Hay un asentimiento de de risas ahogadas, a las palabras del Rey, que se aleja por una de las galerías, seguido de sus siervos.

VII

LA MOSCA, EL RUISEÑOR, EL MURCIÉLAGO, EL CACATÚA Y EL BUHO

El Cacatúa.—

Al Ruiseñor, con entusiasmo.

© Biblioteca Nacional de España

¡Os felicito, hijo mío; habéis estado admirable...! ¡Seguid ese plan de conducta y triunfaréis!

El Ruiseñor.—Es el plan que me habéis trazado.

El Buho.—No estaréis descontento de nuestros consejos.

El Ruiseñor.—¿Puedo estarlo, acaso...? Pero ahora es cuando me asalta el temor... ¿Me abandonará la suerte a la mitad de la jugada?

El Cacatúa.—Tened fe y venceréis... No es necesario que vos vayáis en pos de la fortuna; ella viene a buscaros...

El Murciélago.—

A la Mosca, en secreto.

Nada tenemos ya que hacer aquí.

La Mosca.—¿Queréis abandonar el campo?

El Murciélago.—Nuestro campo no está en este lugar, sino junto al Moscardón. Vamos a prevenirle.

La Mosca.—

Con despecho.

¿Y hemos de permitir que esos se lleven la fortuna de la princesa Mariposa, pudiendo ser nuestra...?

© Biblioteca Nacional de España

El Murciélago.—¿Quién sabe...? De todos modos, la fortuna del Moscardón quedará en nuestro poder.

La Mosca.—¿Y si él no vence...?

El Murciélago.—

Enigmático, subrayando con siniestra intención sus palabras.

He dicho que *de todos modos*... Vamos a su encuentro.

La Mosca.—¿No esperamos la llegada del Aguila real...? Se acercan...

El Murciélago.—No debemos perder un instante.

Vanse con prisa por uno de los corredores.

VIII

EL RUISEÑOR, EL BUHO, EL CACATÚA Y EL ÁGUILA CON SU ACOMPAÑAMIENTO DE CONDORES, BUITRES Y MILANOS, TODOS POR EL JARDÍN

El Cacatúa.—

Yendo al encuentro del

© Biblioteca Nacional de España

Aguila real e inclinándose reverente.

Señor: Su Potestad espera a Vuestra Majestad... ¿Os dignaréis pasar aquí la noche?

El Aguila.—Su Potestad me honra; pero con harto sentimiento mío véome en la precisión de rehusar el honor de ser su huésped por más tiempo... La tempestad se avecina... ved el cielo que cierra sus ventanas de luz... El viento que corre con acompañamiento de hojarasca... y aquellas dos nubes que siguen ruta opuesta y están a punto de chocar... En tiempo de tormenta es mi deber no abandonar mi reino, y retornar a él si el temporal me sorprende fuera de mis dominios...

El Cacatúa.—Cúmplase vuestra voluntad.

El Aguila.—No partiré, sin embargo, antes de haber expresado personalmente a Su Potestad mi testimonio de adhesión. Anticipadle mi deseo.

El Cacatúa.—

Haciendo otra reverencia.

Al momento, señor.

Al Ruiseñor, aparte.

© Biblioteca Nacional de España

Esta es la ocasión. Audacia.

Sale.

IX

EL RUISEÑOR, EL BUHO Y EL ÁGUILA CON SU SÉQUITO

El Ruiseñor.—

Al Buho.

Siento que me falta el valor.

El Buho.—

Animándole.

Va en ello vuestra felicidad... No esperéis a que el primer rayo de la tormenta siembre entre nosotros el espanto y la confusión... y pensad que no es esa que el cielo nos anuncia, la tempestad a que me refiero, sino la que preparan en la sombra los partidarios de vuestro rival, a quienes el espíritu del Mal gobierna.

El Ruiseñor.—

Con decisión.

© Biblioteca Nacional de España

Me habéis convencido... Nada me arredra ya ante el peligro que nos amenaza.

Al Aguila, respetuosamente.

Señor, os pido gracia.
El Aguila.—

Sin altanería.

¿Quién sois y qué queréis de mí?

El Ruiseñor. — Un desvalido que necesita vuestra protección.

El Aguila.—Mi protección es de aquellos que, a mi concepto, la merecen, más que la necesitan. Exponed vuestra pretensión... No me sois desconocido... Creo haberos visto en la Asamblea, entre los acusados, si no me engaño.

El Ruiseñor.—Soy el Ruiseñor.

El Aguila.—¡Ah...! Sí... conozco vuestra odisea interesante... Contad con mi simpatía.

El Ruiseñor.—Qué razón tienen, señor, los que encomian vuestra magnanimidad... Jamás se vió al cobarde defender al débil... Con vuestra protección seré fuerte y llegaré hasta el mismo sol... que siempre verá mejor el sol un águila que un ejército de murciélagos.

El Aguila.—No anticipéis las alabanzas, que

© Biblioteca Nacional de España

acaso no las merezca tanto como suponéis. Hablad claro.

El Ruiseñor.—Pues bien... Nombradme vuestro aliado.

El Aguila.—¿Mi aliado...? ¿Sabéis lo que decís, joven, o pretendéis burlaros...?

El Ruiseñor.—¡Cómo podéis suponer...!

El Aguila.—Supongo que estáis loco y sois digno de lástima; de lo contrario ya os hubiera hecho pagar cara vuestra osadía... Quitaos de mi presencia si no queréis sufrir las consecuencias de mi enojo, que presto os lo haré sentir si persistís en provocarlo.

El Ruiseñor.—Señor, me tratáis sin consideración porque me creeis desvalido y pobre... Seguramente me guardaríais más miramiento si en vez de ser yo quien os habla, fuese... ¿quién os diré...? el hijo... el heredero... o el aliado del rey Mariposón...

El Aguila.—

Con risa.

¡Qué duda cabe...! ¿Pero queréis compararos...?

El Ruiseñor.—Quiero que supongáis, señor, por un momento, que el que ahora tiene el honor de hablaros es, en efecto, el heredero del

© Biblioteca Nacional de España

rey Mariposón, el prometido de la princesa Mariposa, que solicita vuestra ayuda para defenderse de un rival odioso...

El Aguila.—Si así fueseis, ciertamente...

El Ruiseñor.—No lo dudéis... Aquí hay quien puede dar fe de mis palabras... Dignaos interrogar al Buho, personaje, como debéis saber, el más prestigioso de la corte de Su Potestad.

El Aguila.—

Al Buho.

Os reconozco, ilustre varón, y vuestra palabra será para mí la mejor garantía... ¿Qué respondéis a lo que habéis oído?

El Buho.—Que, en efecto, señor, el que solicita vuestra alianza es digno de ella, por sus propios méritos y porque, además, es, como dice, el prometido de la hija del rey del Oriente, y heredero de su trono, desde el momento en que se haya desposado con la princesa.

El Aguila.—¿Y esos desposorios...?

El Buho.—Para celebrarlos basta con que vos os dignéis apadrinarle y conducirle ante Su Potestad, donde le espera la Mariposa para recibir la bendición nupcial.

El Aguila.—¡Oh!, no perdamos tiempo, si en mí sólo consiste que tal boda se realice...

© Biblioteca Nacional de España

Al Ruiseñor.

Pero, si mal no recuerdo, me hablasteis de un rival... ¿Quién es?

El Ruiseñor.—El Moscardón.

El Aguila.—¡Ah...! ¿Y qué teméis de ese miserable zángano de colmena?

El Ruiseñor.—Ahora nada, si vos me ampa-ráis.

El Aguila.—Con toda mi voluntad y todas mis fuerzas.

Luce fuera un relámpago y se oye el rumor de un trueno lejano.

La tempestad me manda su primer aviso... Debo volver a mi reino.

El Ruiseñor.—

Suplicante, por el temor de ser abandonado.

Venid, señor... sólo un instante y os deberé mi dicha...

El Aguila.—

Al Ruiseñor, en secreto.

© Biblioteca Nacional de España

Pensad que os doy un trono y una fortuna.

El Ruiseñor.—Me dais algo que para mi vale más que todos los reinos y las riquezas del mundo... Mi amada es mi vida. Ayudadme a ganarla y todo lo demás será vuestro.

El Aguila.—Digno sois de mi amparo... Tenéis talento y corazón.

A los suyos.

Seguidnos.

Prosiguen la marcha por las galerías.

X

LA COTORRA Y EL MOCHUELO, POR EL JARDÍN, HUYENDO DE LA TORMENTA

La Cotorra.—No hay nada que me aterre tanto como una tempestad con su acompañamiento de truenos y relámpagos...

El Mochuelo.—Lo más temible es el rayo.

La Cotorra.—¿Creeis que estaremos aquí bien guarecidos?

© Biblioteca Nacional de España

El Mochuelo.—No hay refugio bastante seguro contra la ira de los elementos...

La Cotorra.—¡Me asustais!

El Mochuelo.—Ved el jardín en sombra... Un solo relámpago bastó para iniciar la desbandada... Todos huyen de la tormenta.

La Cotorra.—Son las aves nocturnas, expulsadas de la corte de Su Potestad y a quienes no se permite aquí la entrada.

Lucen nuevos relámpagos y se oyen más cercanos los truenos.

¡Huyamos de esta sala desierta... huyamos!

Se oye rumor de músicas y cantos.

¿Esa música...?

El Mochuelo.—Es la marcha nupcial con que se solemnizan las bodas reales.

La Cotorra.—¿Acaso la princesa Mariposa...?

El Mochuelo.—Se ha casado...

La Cotorra.—¿Con quién...? El Moscardón estaba en el jardín con las aves nocturnas.

La tempestad arrecia y al ruido de los truenos se

© Biblioteca Nacional de España

confunden los gritos de una multitud de aves que parecen rebelarse y a las cuales se les ve correr de un lado a otro del jardín.

¿Qué gritos, qué ruido es ese que se mezcla al clamor de los elementos...? Mirad el jardín poblado de seres fantásticos, de negras sombras que parecen poseídas de espanto y de furor... ¿No veis...? ¡Luchan...!

El Mochuelo.—Son los vencidos que se rebelan.

La Cotorra.—

Aterrada.

¡Todos huyen... huyamos... ved qué avalancha...!

El Mochuelo.—¡Venid, venid...!

Huyen por las galerías. Al mismo tiempo, de los corredores opuestos, salen en tropel, y poseídos unos de terror y otros de ira, aves rapaces, aves canoras e insectos que se alejan por el jardín.

© Biblioteca Nacional de España

ESCENA ULTIMA

LA MARIPOSA, EL RUISEÑOR, EL TORDO Y EL BUITRE CHAMBELÁN, POR LAS GALERÍAS, CON ACOMPAÑAMIENTO

. . . . . .

. . . . . .

GOY DE SILVA

(Prohibida la reproducción.)

© Biblioteca Nacional de España

En loa y elogio de la ciudad de Caracas.

I

Como buscando que al pensamiento
no sean dique los horizontes,
en lo más alto de vuestros montes
a vuestras casas les dais asiento;
y así las vemos, ciudades blancas
y luminosas; como cigüeñas
sobre los tajos de las barrancas,
que entre picudos haces de peñas,
abren las alas, la zarpa incrustan
hasta arañarlo, sobre el granito,
y los afanes del hombre ajustan
al rumor de astros de lo Infinito...
Y así una y otra ciudad altiva,
por estas sierras americanas,
son, en sus marcos de roca viva,

© Biblioteca Nacional de España

nidales blancos de aves humanas:
—y así es la vuestra!

Y así es tan bella
que aunque hace tiempo la deseaba,
ni la fingía ni la soñaba;
porque es tan vuestra, porque es tan «ella»,
porque es tan única, porque destella
tal sello propio de gracia viva,
que, pensativa,
mi alma enmudece sin expresarla;
que antes y luego de visitarla
a los esfuerzos de un alma excede
fijar en verbos su fuerza suave:
antes de verla, porque no sabe;
después de verla, porque no puede...

II

Yo evocaría,
para decirte lo que he sentido,
venezolana ciudad, hoy mía,
viéndote en alto tal como un nido
de ruiseñores de Andalucía,
yo evocaría
no sé qué vieja
clara conseja

© Biblioteca Nacional de España

de primitiva gracia pagana...
Cuenta la fábula que una doncella,
junto a las aguas del mar, un día,
cuando la aurora resplandecía
menos graciosa y amable que ella,
púdicamente desnuda, hacía,
hundiendo en agua su gentileza
del crepitante tul de una ola
su vestidura de plata, sola
túnica digna de su belleza...
De pronto, siente que una mirada
fija y aguda la observa; en torno
de ella, el mar tiene ráfagas de horno
y amedrantada,
siente la bella que está insegura
sobre aquel lecho de ópalo y plata;
contra el deseo del mar pirata
que le codicia su alba hermosura...

Salta del agua y huye, creyendo
que a sus espaldas, por el camino,
con su jadeo la va siguiendo
todo el mar hecho monstruo marino.
Nuestra doncella
se entra temblando por la espesura;
como estandarte flota tras ella,
su ensortijada melena oscura;
sus blancos hombros, de vez en cuando,

© Biblioteca Nacional de España

la selva muestra bajo su velo,
y son dos astros que van volando,
montes arriba, para su cielo!

Ya está en las cimas.
A una revuelta
que hace el camino, la perseguida
detiene el paso, toda vestida
de su nocturna melena suelta,
y ve, allá lejos, en lo más hondo,
por los desgarros de un chal de bruma,
que el mar babea montes de espuma,
tascando el pétreo freno redondo...
Ya está salvada; nadie la sigue...
si aun la codicia, no la persigue
su encadenado monstruo marino.
Baja a un declive que hace el camino,
trepa otro poco; por una calle
de árboles mansos, llega a este valle
que cercan frentes de montes viejos
rumiando nieblas como consejos,
y entumecida, rota y cansada
de aquella fuga desesperada,
queda, en el valle, semitendida,
semidespierta, semidormida,
siempre ensoñada,
¡por un hechizo transfigurada
en vuestra blanca ciudad querida!

© Biblioteca Nacional de España

III

¡Salve, en tu altura, ciudad gloriosa!
¡Alta y en alto yo te quería
donde, al abrirte como una rosa,
serás la aurora de un nuevo día!

¡Alta, y en alto! que, en tus escaños,
contra el mordisco ruin de los años
inmortalmente perdura un nombre
al que no llegan almas de hombre
sino trepando sobre peldaños!

¡Alta y en alto, que eres su cuna!
Alta y en alto, donde ninguna
rencilla vieja macule el viento,
cuando, arbolando mi lira hispana
tal como el arco de un monumento
combado sobre su gloria humana,
dé paso al nombre que, en su bravura,
resume un mundo y otro inaugura;
dé paso al nombre de aquel Atlante
que, como dedos, movió naciones,
que, andando recio, sacó adelante
sueños que fueron constelaciones;
dé paso al nombre del fiero vasco
hecho de luces y de peñasco,

© Biblioteca Nacional de España

de aquel ibero, venezolanos,
que es mío, y vuestro; ¡que es nuestro, hermanos!
¡Bolívar, padre de americanos!

—Para las piedras donde él reposa
juntemos nuestros dos corazones,
ciudad—la misma sangre los baña—
¡y al hermanarse sobre su fosa
serán dos labios los corazones,
una la boca que bese: España!

IV

Ya, en tu estandarte, sobre mi frente,
vi andar unidas conjuntamente,
a la luz clara de estas mañanas,
nuestras dos patrias, ambas hermanas.
Son tres colores, dos hermandades:
el rojo y gualdo, mi España; y luego
tu azul glorioso que entre oro y fuego
llueve un bautismo de libertades...!

V

Síntesis.

¿Sabes cómo ha surgido esa bandera,
ciudad...

© Biblioteca Nacional de España

—¡Dios la prospere, de manera
que no vean el fin de su camino
nuestro oro y sangre, por su azul genuino!
—Yo sé cómo ha surgido esa bandera:
grande era el rojo y gualda de mi España;
Bolívar quiso más; lo más no daña
si es filial la ambición, el brazo hermano;
Bolívar quiso más; llevó sus huellas
más allá de lo humano;
trepó a unas cumbres, se mantuvo en ellas,
vió cerca el cielo, levantó su mano,
y haciendo lo español venezolano
¡en los dos tonos del pendón hispano
prendió un girón de cielo con estrellas!

E. MARQUINA

Caracas, 27-1-917.

© Biblioteca Nacional de España

JAIME BRUNET

Suele decirse que todas las vidas tienen su novela, lo que en realidad equivale a decir que toda vida tiene su vida, porque tal género literario no es sino la expresión de una vida determinada o de varias, alrededor de las que giran otras, que son como representación del mundo, que pudiéramos decir, y las que sobre todo deben interesar al novelista son aquellas menos pasadas de accidentes, que al fin y al cabo modifican y en ocasiones vulgarizan su carácter, aunque difícil es generalizar en estos particulares. Pero si es lo cierto que cualquiera vida tiene en sí tanto interés como aquellas que a primera vista parezcan tenerlo mayor, y por eso precisamente lo que el novelista debe hacer es no escribir nunca sino después de haber visto y revisto y observado y contrastado la observación, sobre el asunto escogido, y una vez conseguido por estos medios el pleno conocimiento

© Biblioteca Nacional de España

de una vida, una vez sentida su intimidad, su ideal, su propósito, sus ilusiones y sus inquietudes, sus dolores y sus consuelos, sus frivolidades, en las que brotan los efectos de un algo tal vez misterioso y profundo y cuanto por existir merece nuestra amable comprensión, si el artista acierta a expresarla, y con esta expresión algo de la idea del mundo, traducida en un determinado ambiente, que recoja toda la emoción, formando la armonía que exalta y avalora la vida misma, habrá desvelado el misterio de una oculta emoción que se debe a nuestra idea, y lo que es más, habrá traducido para nuestra simpatía, nuestra piedad, nuestro amor o nuestra comprensión indulgente, lo que nuestra limitación o nuestra injusticia desapercibe.

Por eso la novela es el género que suele interesar más y al mismo tiempo uno de los más difíciles, porque requiere como ningún otro la facultad de objetivarse y después transmitir con su propio estilo y con su personalidad toda la psicología de los personajes que presenta. En el teatro suele serlo más rudimentariamente presentada y además los actores, la escena y el público mismo parece que colaboran en la obra, aunque en verdad no siempre favoreciéndola; pero la novela, de acción menos obligada y que va directamente a nuestro espíritu, necesita

© Biblioteca Nacional de España

presentarnos toda la complejidad de las personas que con vida estética pasan ante nosotros, y aquí tenemos otra dificultad, que es la del consorcio de la realidad, llegando hasta la prolija descripción de detalles, que son quizá las cualidades más distintivas que definen un carácter, sin salirse de la estética, que es en sí algo apartado de los ordinarios accidentes del vivir. Así el artista debe exaltar los caracteres que pueden llegar a ser ideas representativas de estados de almas, como en Werthes, o de épocas, países y regiones determinados.

Bien podemos enorgullecernos en España de novelistas gloriosos, con tantos y tan insignes, y bien puede también alegrarnos la ilusión de que son muchos los que actualmente siguen novelando, como dignos continuadores de los que fueron o de los que ya han dado casi toda su creación. Esta época nuestra, con Pío Baroja a la cabeza, puede contarse entre las mejores. Difícil es lograr tanto interés con novelas, muchas de ellas de tan escasa acción, y sin embargo, tan concreta y detalladamente definidos los personajes. Ricardo León se nos muestra en varias de las suyas como el privilegiado vidente de las vidas austeras y apartadas, que aciertan a vivir su propia poesía, pero por eso mismo no es tan profundamente humano como Baroja. Y

© Biblioteca Nacional de España

entre los que comienzan son muchos también los maestros, sugeriéndome precisamente este artículo uno de ellos, Jaime Brunet, de San Sebastián, que ya ha triunfado con su novela *Música di Cámera,* y que ya, según mis noticias, tiene otra en preparación, próxima a publicarse.

Jaime Brunet es una personalidad verdaderamente interesante. Educado en Alemania y conocedor de su literatura, que se ha asimilado perfectamente, tiene y forma ya su temperamento, la observación meditativa y el idealismo propios de esa raza, pero sin perder por eso tampoco, claro está, las cualidades imaginativas de la nuestra latina.

La poesía melancólica de la región vasca, de esa Naturaleza encantada, que profusa y exuberante parece manifestarse con vida reconcentrada, que es armonía de las almas y las vidas de sus hijos los vascos, está admirablemente descrita por Jaime Brunet en su novela, y sus personajes son, efectivamente, de vida real. Tal vez pequen, si acaso, por exceso de realismo, pareciendo demasiado inspirador en determinada individualidad.

No he de anticipar aquí, ni su asunto, ni el carácter de sus personajes, sino únicamente aconsejar a los que esto leyeren que lean tam-

© Biblioteca Nacional de España

bién la novela *Música di Cámera,* en la que además encontrarán pensamientos elevadísimos, que por sí dan conocimiento de la refinadísima sensibilidad de su autor y de la sutileza de su pensamiento.

Confío (y entonces sí que será un gran maestro de la literatura), en que el señor Brunet se corregirá de ciertos giros algo extranjerizados, bien disculpables en quien tanto ha vivido alejado de nuestra Patria.

En una palabra, Jaime Brunet es, no una esperanza, sino una realidad entre las figuras ilustres que cuenta esa región vasca, y creo que como tal se le llegará a proclamar en España, lo que ya es un derecho a la fama universal.

CARLOS BOSCH

© Biblioteca Nacional de España

Los dineros del libertador

El talento indiscutible de Bazán, aquel escultor fornido y guapo, conquistó rápidamente al Gobierno de su país.

La voz pública pedía en la Prensa una pensión para el artista que debía afirmar su personalidad en el centro de todas las consagraciones: París.

Le conocí entonces, cuando asombraba a todos sus compatriotas en aquella pequeña república centro-americana de tierra feraz, cielo divino y almas bonísimas, y no torné a verlo sino años después, en pleno Barrio Latino.

Su transformación era completa: vestía a la usanza española; gustaba del calañés, la chaquetilla corta y el rostro imberbe, conjunto que le daba en Francia un aspecto bizarro. Fumaba en pipa y bebía...

En un principio gustó del vino como excitante accidental; pero en la vida diaria del café, con

© Biblioteca Nacional de España

la camaradería encantadora de los pintores y poetas que hacen la vida amable con su ingenio y sus vicios, fué bebiendo más y más, hasta requerir el vino de manera habitual.

No haré un elogio del alcohol... ¡Líbreme el cielo de semejante inmoralidad! Pero a Bazán, particularmente, le era propicio a la inspiración. Sus mejores mármoles fueron cincelados bajo el influjo de la embriaguez; su talento se hacía más lúcido; su imaginación más viva; su sensibilidad más exquisita; sus facultades, en suma, mejor capacitadas para concebir y crear obra de belleza. Y luego, era tan espiritual su charla, se tornaba tan ingenioso, tan hondo en su pensar, tan lleno de gracia irónica, que sus amigos le incitaban, ofreciéndole copas y más copas que le aturdían o emborrachaban.

Pero algo más había respecto de su propia persona, que los efectos inmediatos del vino le eran profundamente agradables.

Gozo — decía convencido y convincente—, gozo lo inexplicable con esta voluptuosidad del «picón», que se inicia con una placidez suave y concluye en ardorosas inspiraciones.

Su amante, la inteligente y poco apetecible Valentina, en un principio intentó amenguar las aficiones *espirituosas* de su bello Bazán; «mon beau Bazán», como siempre le llamaba. Pero como no

© Biblioteca Nacional de España

fueran tampoco muy católicas las costumbres de la antigua «midinette», resultó para mal de ambos, y en detrimento del honor de su vida casi conyugal, que los enamorados del número 5 del piso sexto, de la casa 30 de la calle Campagne Premier, solían embriagarse juntos cuando algún acontecimiento importante lo justificaba, tal como la feliz terminación de un boceto, la rabia de no encontrar un detalle de perspectiva o movimiento; o bien el recibo de la pensión propia o ajena (lo mismo daba), suceso ruidoso que venía a dar alegría a muchos espíritus, ocupación a muchos estómagos, sosiego a los pinceles, cincel y pautas, y un aumento sensible en la caja del café d'Harcourt de «Cuyas», «La Rotonde» y «La Cave», de San Germain...

Quizá también, o sin el quizá, el artista Bazán esfumaba tras la penumbra del alcohol una recóndita tristeza y una fuerte inconformidad contra su propia existencia...

Bazán no amaba a Valentina... Y Valentina adoraba en el escultor. Cuántas veces el mozo, en soliloquios, se repetía las amargas verdades del gran mexicano Gutiérrez Nájera:

Amar y no ser amado
no es la pena mayor;
no amar ya lo antes amado,

© Biblioteca Nacional de España

ver el cariño apagado
es el supremo dolor:
es como al sepulcro ir
del pequeñuelo querido
y quererlo revivir,
y la tristeza sentir
de hallarlo siempre dormido...

Tres años de concubinato con aquella muchacha de París, insaciable y ardiente, en medio de borrascosas noches de alcoba que le desgastaban su fecunda juventud de esteta, le tenían aburrido...

No así en un principio, cuando recién llegado de su tierra natal, sin conocer más besos que los lugareños, furtivos y castos, Valentina le besó como una faunesa, le mordió los labios, le estrujó las encías y le enseñó su cuerpo desnudo, esbelto, ágil y siempre vibrante, regalándoselo en mil caprichosas formas, que por instinto aprendiera de la Roma decadente o de Pompeya, la elegantemente voluptuosa.

Os contaré cómo se conocieron.

Un día gris claro de agosto, de vuelta de celebrar un bautizo, en el que yo fuera padrino, llegamos a obsequiar a madre y madrina, y a obsequiarnos nosotros, mi compadre y yo, con algunas libaciones en el ya famoso café de «La Rotonde», que hace esquina entre los bouleva-

© Biblioteca Nacional de España

res Raspail y Montparnasse. Allí en la terraza, alrededor de dos mesas unidas, la pequeña comitiva comentaba animosa las escenas de la parroquia, que resultaron un tanto chuscas. Mi ahijadita, la encantadora María Rosa, se condujo como una persona mayor, a pesar de lo gélido del agua y de las maneras poco acompasadas del señor presbítero. Los padres de la niña eran: Ella, Matilde, parisina, montmartresa, de ojazos tan grandes como su bondad y tan negros como blanca era su alma de madre y de amante; él, Carlos, un mozo paraguayo, periodista de enjundia y escritor de talento. Magdalena, la madrina, una modelo linda, vivaracha, de diez y ocho años, alegres como las primaveras de París, que juntaba sus carnes duras y blancas a las morenas del genial caricaturista mexicano Karral, quien fué también al bateo.

Reíamos todos al recuerdo de nuestras peripecias: la bella Magdalena hizo tantas muecas en sus precauciones por no lastimar a la pequeñuela y bien colocarla en la pila para que recibiera las aguas bautismales, que parecía como si hiciera gestos al clérigo, quien pensaba tanto en el acto simbólico que efectuaba, como yo en los viajes de Marco Polo Veneciano. Mi compadre me decía en español interjecciones que, de haber sido traducidas al francés, habrían bajado a

© Biblioteca Nacional de España

Juana de Arco con todo y armadura de su brioso corcel, para arrojarnos del templo como a enemigos malos. La mamá halaba del saco a su hereje cónyuge, quien a impulsos de los tirones parecía decir que sí con la cabeza a los latines del sacerdote; y yo, muy mortificado, comencé cinco veces el «Credo», quedándome siempre en «su único hijo», por fallas de mi flaca memoria, sirviéndome de excusa, sin embargo, el que yo rezaba en el idioma de Recine, para ser galante con los santos galos, y mi francés era muy precario...

Procedíamos a brindar por la suerte de María Rosa, cuando del agujero del «Metro» (ferrocarril subterráneo), aparecióse la rara silueta del pintor centro-americano Bazán. Venía «en copas», y pidió más al sentarse a nuestro lado. Este día—dijo—es *lógico* beber a la salud de la futura artista y de su padre, a quien deberán elegir presidente de su país para tener yo dos pensiones, pues una apenas me basta para los «accidos». («Accido» llamaba el escultor a cualquier producto alcohólico.)

En esto, del interior del café surgió, ataviada en negro, una mujer hasta de treinta años, color de piñón claro el rostro, de facciones nada armónicas: nariz ancha, boca grande, negros ojos, pequeños y tristes; manos chiquitinas, de uñas

© Biblioteca Nacional de España

esmeradamente pulidas, pies breves, como los senos, que erguían sus puntas duras por debajo la muselina sutil.

Apenas divisó a la niña en el regazo materno corrió a hacerle caricias y a besarla con fruición.

«Ma belle petite: comme tu sera jolie. Ma mignone, mon tresor»—le decía cubriéndola de besos tiernos y sincerísimos. Se la arrebató a Matilde, y llevándosela en vilo paseó en triunfo a María Rosa como si fuese una princesa.

—¿Quién es esta doncella?—preguntó Bazán.

—Esta doncella no es doncella, y se llama Valentina Dusplesis—le respondí.

—¿Dusplesis? ¿Entonces nieta de la «Dama de las Camelias»?

—No, por varias razones: primero, porque Margarita Dusplesis, la que está enterrada en el cementerio de Montparnasse, cubierta siempre de flores, no tuvo hijos. Segundo, porque Valentina no es hija de su padre, sino de un tío suyo...

—¿Qué bárbaro...!

—No, te explicaré. El que aparece como padre de esta muchacha no lo es en realidad, sino adoptivo; el auténtico es un *tío* sinvergüenza que abandonó madre e hija, que se llamó Duval, y que hace poco, una noche, durmiendo tranquilamente en su trinchera en Arras, fué volado por

© Biblioteca Nacional de España

una mina subterránea. Tercero, no es descendiente...

Bazán no me dejó concluir, dándome un golpe seco en el cerebro y diciéndome una picaardía tan grosera, que no me atrevo a estampar en este blanco papel. Y luego tornó a interrogarme: Entonces, ¿está de luto por su verdadero padre?

—No—le contesté—¡por Molière!

—¿Cómo por Molière?

—Sí; Valentina recita maravillosamente los clásicos; es graduada y «primer premio» del Conservatorio en la clase de declamación. Recitar es para ella más que un placer; una necesidad. En todas partes se la ha oído, y como se prodiga demasiado y es tan sincera su pasión, y la halagan tanto los encomios y es tan inocentona en el fondo, toda esta gente ha acabado por no tomarla en serio. La burlan y algunos perversos la befan. ¡Pobrecilla! Tiene un corazón como una romántica de Portugal; es crédula, fogosa hasta la exaltación cuando declama, y en misterios de amor es sabia.

—¡Ah, tú ya...!

—Sí, la otra tarde no sé quién la llevó a mi estudio, y porque la obsequié mi último libro con una dedicatoria galante, y en verdad justa; y porque la invité a decir algún verso clásico,

© Biblioteca Nacional de España

le gustó el ambiente de mi casa, le encantaron mis encomios y halló confortable y simpático el calor de mi lecho. A las cuatro de la mañana bebimos un poco, la perfumé con lilas, y frente al espejo me recitó el «Misántropo» completo, completamente desnuda. ¡Pobrecilla! La tengo una piedad tierna, porque es bondadosa, por su exquisito temperamento de artista y porque es débil y torpe para hacer valer sus cualidades espirituales y aun las físicas, pues si la cara es más bien fea que bonita, las formas de su cuerpo esplenden en una euritmia sujestiva para los ojos y provocadora en los instintos.

—¿Y el luto lo lleva siempre?

—¡Siempre! Es una de sus chifladuras. Asegura a todo el mundo que muerto Molière, ella no tiene derecho a vestirse de color; pero yo tengo mis dudas y no la creo a pies juntillas; esta muchacha guarda un secreto que a nadie revela: alguna pasión perdida, un muerto amado aún... ¡Qué se yo...! Pero el cuento de Molière es una humorada extravagante que esconde una pena.

Valentina regresaba de su paseo victorioso con la chiquilla en brazos, y se sentó a mi vera.

—¿Quién es ese «beau garçon»?—me interrogó, refiriéndose a Bazán.

—¡Un gran artista!—le contesté.

—¿Pinta?

© Biblioteca Nacional de España

—Esculpe.

—«Il me plai beaucoup celui lá»—dijo en tono que todos escucharon; pero que Bazán no comprendió por su francés incipiente. Pero como todos sonrieron y le miraron, me dijo intrigado:

—¿Qué dice?

—Que le gustas mucho.

—Pues dile—contestó—que ella me interesa por su boca sensual, su frente inteligente y sus ojos plenos de ideas y amarguras.

Valentina le pagó con un beso, se puso muy contenta y bebió a la salud de María Rosa y de Bazán.

Ya de noche, con esplendidez que a todos dejara suspensos invité la cena en aquel «restaurante» griego que está junto a la «Taverne du Pantheon», el «Franco-Hellenique».

La mamá dejó a su hija al cuidado de una burguesa de su misma casa, y toda la comitiva enderezó sus pasos todavía firmes a la fonda griega. Allí comimos mucho y bebimos más. Se cantaron tonadas regionales de América y de Francia: las rondas bretonas, las danzas paraguayas, con letras y coreografía, los aires hondureños y «La Cucaracha» y «La Valentina» de México. Esta última, a coro, en honor mío.

Cuando nos despidieron implacablemente los hijos de Perikles, andábamos mal..., mal de la

© Biblioteca Nacional de España

cabeza y peor del bolsillo. El matrimonio y Magdalena enderezaron sus pasos vacilantes rumbo a su casa, cantando la *Marsellesa*; Karral y yo, para estudiar las costumbres de París que madruga y trabaja rudamente, nos fuimos al gran mercado, comimos fresas con crema, tan sabrosas como un pecado, y después de obsequiar a una frutera una mascada de mi amante y mis últimos céntimos, porque lloró al decirme que había perdido a sus tres hijos en la guerra..., llegué a las puertas de mi casa sin arrepentimientos ni temores, enteramente dispuesto a bautizar muchas criaturas, si habían de traernos tan felices esparcimientos como los de aquel fausto día...

* * *

Bazán y Valentina se nos perdieron entre la bruma de París. Cuando al cabo de dos días, adivinando lo sucedido, fuí a buscarlos, el taller del escultor, antes ordenado, era ogaño un nido en desbarajuste, en el que todos los rincones conservaban el eco de un suspiro o el temblor de un espasmo.

¡Pero el tiempo lleva entrañadas muchas crueldades!

Entre aquellos días de ensueño y aquesta

© Biblioteca Nacional de España

realidad presente va gran distancia... Entonces vi a los amantes llevar en sus sonrisas el optimismo de la vida, y en sus labios candentes el triunfo de una hermosa juventud; y ahora, con amargura, veo a la pobre mujer inconforme, triste, a las veces desesperada por los celos, y como la protagonista de Campoamor, «más que vieja, envejecida».

Bazán la huye, la abandona días enteros, bebe, trabaja poco... y se divierte.

—Déjame en paz—le dice—; ve donde te plazca; haz lo que te dé la gana; engáñame si quieres; baila, juega, bebe..., ¡pero déjame tranquilo!

Y Valentina ha intentado olvidarlo, pero no puede. Lo ha engañado, pero los remordimientos le engendraron una pasión más impetuosa.

¡Pobre mujer! Una mañana vino a visitarme para acogerse a mis consuelos.

—Dile—me decía—, dile tú que me quiera; que no sea malo; que yo soy gentil con él y que no puedo dejarlo... porque no puedo, Juan; porque me hacen falta su voz, sus ojos, sus cabellos negros, su presencia... Y lloraba sobre mis hombros fraternales como una niña inocente, castigada. —Aunque no me quiera, yo quiero verlo, yo quiero oirlo. Dile tú que me regañe, que me insulte, que me pegue; pero que vaya a casa

© Biblioteca Nacional de España

para que yo lo mire... Dime, ¿por qué habrá cambiado tanto, tú sabes...?

Todavía hace ocho meses, cuando le encargó su Gobierno la estatua del «Libertador», recuerdo que era muy bueno conmigo, aunque ya dos ocasiones me había pegado. ¡Qué dicha! Me había pegado por celos...

Hoy, ¡qué diferencia!; saber que le engaño le deja impasible; y yo creo, Juan, que lo desea; ¿verdad? ¿No te lo ha dicho, di?

—¡...!

—Ya nunca le recito, nunca... Dice que Corneille y Molière son sus peores enemigos. Un día me lastimó con crueldad, que creí no perdonarle. Me dijo que recitaba yo muy mal; que todos se burlaban de mí... ¡Qué horrible decepción, Juan, qué cólera y qué pena tan espantosa! Piensa lo que yo sufrí cuando desde niña he tenido un culto por la poesía y con religiosidad he recitado siempre mis amados versos. Esa tarde creí olvidarlo. Lo abandoné, lo engañé con un estudiante del Conservatorio, futuro actor, que me aseguró lo contrario: que nadie comprendía ni interpretaba a Molière como yo. Sin embargo, volví en busca de mi amor, avergonzada, enferma de remordimientos, a buscar los ojos de Bazán y a besarle los pies. Qué quieres, Juan, esta es mi vida.

© Biblioteca Nacional de España

Ya no recito; ¿para qué, si él no quiere escucharme? Los demás, ni me halagan con sus elogios ni me preocupan con sus censuras. A veces a mí misma me digo mis viejos versos como si los rezara, y acabo sollozando...

Valentina me lastimaba el corazón con sus angustias.

—Lloras—me dijo—, te doy lástima, ¿verdad? Sí, sí, no digas que no; ya sé que a todos inspiro compasión menos a él... mi Bazán... «mon beau Bazán...» y se tiró en el suelo balbuceando entre gemidos el nombre de su amante.

La calmé cuanto pude, y le ofrecí un cambio en la conducta del escultor.

—Ya verás, ya verás su transformación. Le hablaré seriamente, le recordaré vuestro pasado idilio... Ya verás, Valentina...

Me besó las manos como una hermana, y se fué contenta.

Me fuí directamente a la «rue Campagne Premier». Bazán, muy atareado, trabajaba la estatua del «Libertador» bastante adelantada ya.

—Muy bien, muy bien—le dije—; veo que ahora si no estafas al Gobierno de tu país...

—¿Y no sabes—me dice—una estupenda noticia? El ministro me ha dirigido ayer un cable que dice... ¡toma, lee!

El cablegrama decía: «Gírole diez mil francos

© Biblioteca Nacional de España

más Banco de Francia; pero mande estatua «Libertador» quince días antes fecha convenida.»

—Es decir, ¿cuándo?

—Dentro de tres semanas.

Pues ya es empresa inverosímil.

—¡Ah, no; a este «Libertador» yo le termino de cualquier modo, ignominiosamente, impíamente; pero le inmortalizo en el mármol. Eso sí, aquí *inter nos*, te confieso mis temores: como estos cargantes encargos los hago de tan mala gana, yo creo que al «Libertador» lo elevan en su pedestal de todas maneras; pero a mí me bajan del mío...! ¡Ay, Juan, mi adorado Juan, mi idolatrado Juan, ruégale a esa señora de los imposibles, doña Rita, que este señor me resulte regular, no bien porque es imposible, pero regular siquiera! ¿Tú qué opinas, resultará?

—Sí—le contesté—; resultará... ¡un fracaso!

—¡Juanito, bromas conmigo, en estas horripilantes condiciones!

—¡Un fracaso, como lo mereces por canalla!

—¿Canalla un hombre manso de corazón, gentil en sus modales, melifluo de voz en sus acentos, tierno como yo?

. . . . . .

—Bueno, y a todo esto me escuchas y no sonríes ni me contestas.

—No, querido hermano; no se ríe cuando se

© Biblioteca Nacional de España

acaba de penetrar un hondo pesar ajeno. Yo no sé estar alegre cuando he visto a una mujer vencida por el dolor implorar un poco de piedad al destino para que le restituya su felicidad...

Bazán, cruzándose de brazos, me dijo contrariado:

—¡Esto me faltaba! Juan, por Dios; con estas sensiblerías yo no puedo trabajar ¿Te ha visto Valentina?

—Sí.

—Y te habrá contado horrores: ¡el Jardín de los Suplicios, Barba Azul, el Infierno del Dante!

—Me ha dicho solamente que te ama.

—Pues que me ame todo lo que quiera; pero que me deje en paz.

—¡Hombre, Bazán!

—Sí, ya no quiero que se vaya; que se quede aquí por los siglos de los siglos; estoy resignado; ¡pero que no me friegue! Figúrate, Juan, que ahora le ha dado por estar celosa, sí, señor, celosa... ¿Y de quién imaginas...? De Alice, la británica, esa desgarbada y canija que está más bien para un estudio de oseología que para alentar aún en este paraíso terrenal. Y lo peor del caso, hermano de mi corazón, es que no sólo mi mujer me fastidia con sus celos infundados, sino que la vieja inglesa me persigue por doquier voy.

—¿De veras?

© Biblioteca Nacional de España

—¡De veras, hombre; esto no es vida! Una infortunada que cuando no llora me recrimina; una anciana que jura por Spencer que soy más lindo que Byron y más inteligente que Shakespeare, y que debe ser telepática porque adivina dónde estoy a cualquiera hora del día y de la noche; y, por último, para estrambote de mis malaventuranzas, una pierna del «Libertador» que no me sale, que no tiene movimiento, que no tiene vida... ¡Contempla, extasíate en esta maldita pierna que parece tubo ventilador!

Reí mal de mi grado con aquel incorregible sinvergüenza.

—Oye—me dijo—, no me hables de esas «doncellas»... y vamos a tomar unos «ácidos» a cuenta de los dineros del «Libertador»...

Y bajamos al Café D'Harcourt.

* * *

La pobrecilla amante volvió a buscarme. La engañé como pude, dejándola entrever una transformación próxima en su vida de enamorada y la dí consejos que ella acató sumisa y agradecida respecto a los infundados celos por la inglesa, y otras minucias que se me ocurrieron, sabiendo por anticipado que ningún beneficio la reportarían.

* * *

Una mañana, a eso de las doce, después de ce-

© Biblioteca Nacional de España

lebrar la noche anterior con toda pompa el arribo tantas veces bendito de los dineros del «Libertador», llegué a buscar a Bazán para invitarlo a que me invitase cualquier cosa. Muy sorprendido quedé al ver un grupo grande y animado de gentes que discutían, manoteaban, gesticulaban, lanzando frases no muy académicas y adjetivos bastante oprobiosos para el injuriado...

El tal era Bazán.

¡Pero qué de improperios, Dios mío! Toda la gramática parda del bajo París iba endilgada al escultor del tercer piso. La verdulera allí establecida era la más indignada. A ella me dirigí, y sin preguntarle nada me refirió el escandaloso e increíble suceso.

—Sí, señor, la ha arrojado por el balcón a la pobre señora. Yo, yo la he visto cuando la echó para abajo... ¡Bandido! ¡Asesino...!

—¿Pero el señor Bazán?—interrogué incrédulo.

—Sí, sí, el escultor del tercero ha votado a la señorita Valentina por los aires como una basura.

—Aturdido, inquirí: —¿Y la señora, vive?

—Sí, gracias a que el buen Dios es muy grande; cayó sobre el carro de legumbres y no ha muerto; pero se la han llevado privada. ¡Quiera el cielo que viva! ¡Tan buena la señora!

© Biblioteca Nacional de España

Y seguían las interjecciones sin cesar.

Subí desolado.

Bazán, ebrio, preparaba tranquilamente una bola de pasta.

—¿Pero que has hecho, bruto? ¿Es verdad?

—Hermano, no sé que ha pasado, pero me parece que aventé a Valentina por allí...

Yo no acertaba ni a pegarle ni a maldecirlo. Ese espanto me sobrecogía.

—¿Pero qué te hizo la infeliz mujer, estás loco?

—Un disgusto horrible; no me lo recuerdes porque me irrito. Primero lo sempiterno, lo intolerable de todos los días: que no la quiero, que ella es una esclava, la misma tonada con la misma letra... Pero después vino a colación la hija de Picadilly, la veterana de marras, y comenzó la reyerta exaltada por los efectos *persistentes* aún de los dineros del «Libertador»... La grité, me gritó, nos injuriamos; la dí de golpes; la amenacé con arrojarla por el balcón y tuvo a bien no creerme capaz de tal osadía, y como ella también hubiera tomado, y no poco, se exaltó más, me exasperó hasta lo indescriptible; hubo un instante en que me dominó una fuerza extraña, una fiebre tremenda; la cogí por la cintura... y la eché a la calle... «¡Voila!»

—Pronto, vamos a verla, ven conmigo.

© Biblioteca Nacional de España

—No, yo estoy esperando a la Policía.

—Antes que llegue, partamos.

Bazán me obedeció.

* * *

En el hospital de sangre una enfermera nos condujo donde Valentina estaba.

En el salón blanco y largo, el silencio del dolor imponía su gravedad. A la entrada ningún ruido percibimos; las enfermas dormían o meditaban. Avanzamos y a media sala se escucharon un lamento largo y una voz dulce que venía del último lecho ocupado por la paciente recién llegada. Yo no paraba mientes en las mujeres curiosas que atisbaban; buscaba a Valentina con avidez.

Bazán me seguía atolondrado.

El guía que nos condujera preguntó a la celadora por madame Bazán.

—Allá—respondió una gorda con voz de resoplido—; el núm. 48, la última, a la izquierda.

* * *

Valentina estaba lívida y sufría. Las quejas que escuchábamos eran de ella. Una hermana de la caridad, muy fea y consiguientemente con probabilidades considerables de ser piadosa, la cuidaba solícita.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando me vió, una cariñosa sonrisa dibujaron sus labios y expresaron sus ojos; pero instintivamente, y con urgencia, sin hablarme siquiera, buscó a mi alrededor, con los ojos muy abiertos y las pupilas ávidas... Con una alegría infantil, que el sufrimiento y la fiebre impidieron fuese desbordante, olvidándose de mi persona, dijo con tierno egoísmo y pasión reconcentrada al ver a su amante:

—Eres tú, «mon Bazán, mon amour»... Y quiso incorporarse para besarlo; pero el practicante que se acercaba le impuso inmovilidad absoluta.

—La señora tiene luxada una pierna y fracturada una costilla. Su curación requiere un reposo total de quince días.

Después de una pausa en la que Bazán no sabía qué hacer ni con los ojos, ni con las manos, ni con las ideas, y en tanto que Valentina contemplaba extasiada a su amante y yo a la singular mujercita enamorada, el joven médico emprendió conversación con nosotros.

—Ha sido un golpe mortal, mortal... ¡Qué desgracia y qué casual fortuna! El puesto de verduras salvó a la señora. Pero—agregó inquisitivo—, ¿quiere decirme el señor cómo fué el raro incidente que no pudo ser evitado?

Una sensación extraña de miedo y vergüenza

© Biblioteca Nacional de España

recorrió mi espíritu; pero Bazán no tuvo tiempo de preocuparse siquiera; Valentina, rápidamente, como quien asesta un golpe premeditado y seguro, respondió con toda la premura que sus dolencias le permitieron:

—Verá usted, doctor; yo veía entrar a casa a una amiga que esperaba; la hacía señas del balcón abajo, y así, hablándola desde arriba y señalando el zaguán, fuí, sin darme cuenta, levantando el cuerpo sobre las puntas de los pies, echando fuera la cabeza y el busto; pero tanto me incliné, que en un momento me faltó sostén; intenté asirme de algo, sin lograrlo; el pánico me hizo perder el equilibrio y el conocimiento... y caí.

La escuchaban el médico y las enfermeras con dolorosa piedad, mientras yo escondí el rostro detrás de las amplias cofias de las enfermeras, para secar dos lágrimas indiscretas que mi corazón ofrecía al sublime amor de Valentina.

El escultor Bazán, aturdido, con palabras y acento que distaban mucho de expresar el estado de su alma, dijo lentamente:

—Ya lo ves; yo te lo decía siempre: no te asomes al balcón, no te asomes... ¡Ya lo ves!

ISIDRO FABELA

Río de Janeiro, septiembre 4 de 1916.

© Biblioteca Nacional de España

Poesías escolares.

Hablando al padre.

Padre, has de oir
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé
ya que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar
sin deshojar mi rosa de esplendor;

me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,

© Biblioteca Nacional de España

sin material
basto y carnal,
con olorosos leños de virtud.

Por cuanto soy,
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar,
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir,
y por el ver
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar,
y el alcanzar
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,

© Biblioteca Nacional de España

pues, te diré,
sola, no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad;
portando un don,
mi corazón,
y nevarle de lirios su heredad.

Dame el pensar
en Ti al rodar
herida en medio del camino. Así,
no clamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
De tu arrullar
bello el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

GABRIELA MISTRAL

© Biblioteca Nacional de España

BOCETOS PROVINCIANOS

EL AGUA! CUANTO TIEMPO...

El agua! Cuánto tiempo
estuvo ausente el agua!
Tenía sed la tierra
y amorosa esperaba
su venida, tal como
al amado, la amada
paciente y melancólica,
espera en la ventana.
El valle estaba triste,
y triste estaba el alma,
y triste estaba el huerto
de nuestra humilde casa,
aunque tus manos de ángel
con amor lo cuidaban.
El agua! Cuánto tiempo
estuvo ausente el agua!
Más fué el anual milagro,

© Biblioteca Nacional de España

y descendió la hermana
azul, musicalmente,
desde la comba diáfana
a los tranquilos valles,
a las humildes plantas,
a las profundas simas
y a las verdes montañas.
Aun hasta en los abismos
sedientos de mi alma,
diluvió su frescura
primaveral el agua.
El agua! Cuánto tiempo
estuvo ausente el agua!

FRESCURA MATINAL

Frescura matinal.
Fragante está la tierra,
recientemente húmeda
por una lluvia intensa.
Orgullosa en sus árboles
aparece la huerta,
a un lado del camino,
que es una larga recta.
La choza es una mancha
en la verde paleta,
donde sus tintes puso

© Biblioteca Nacional de España

la gentil Primavera.
Más en ella, sin duda,
el niño alado juega,
y dos almas amantes
olvidan sus tristezas.
Ilusión ensoñada!
Aspiración y meta
de esta vida intranquila,
que con los años vuela!
Una casa en el campo,
una casa; y en ella,
una mujer hermosa,
que nos ame y comprenda...
Frescura matinal.
Fragante está la tierra,
recientemente húmeda
por una lluvia intensa.

JULIO OROZCO MUÑOZ

© Biblioteca Nacional de España

Indice.

	Páginas.
Crónica, por Joaquín Dicenta	1
Poesías inéditas, por Rubén Darío	7
Impresiones sobre dos poetas, por Luis G. Urbina	12
A un poeta joven, por Francisco Villaespesa	31
¡Y murió Dicenta!, por Alberto Ghiraldo	33
Impresiones de paisajes y lecturas, por Juan de Contreras y López de Ayala	42
El Cristo de Velázquez, por César E. Arroyo	54
Retrato del cura Valera, por Hugo Moreno	63
El suicida, por Alfonso Reyes	65
Psicología de la curiosidad, por José Ingenieros.	85
Sonetos, por Rafael Heliodoro Valle	107
«La Corte del Cuervo Blanco», por Goy de Silva.	109
En loa y elogio de la ciudad de Caracas, por E. Marquina	151
Jaime Brunet, por Carlos Bosch	158
Los dineros del libertador, por Isidro Fabela	163
Poesías escolares, por Gabriela Mistral	185
Bocetos provincianos, por Julio Orozco Muñoz	188

© Biblioteca Nacional de España

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Buenos Aires

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba Méjico

Servicio mensual saliendo de Génova (facultativa) el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

Línea de Cuba Méjico

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes para Coruña y Santander.

Línea de Venezuela-Colombia

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra. Se admite pasaje y carga con transbordo para Veracruz, Tampico y puertos del Pacífico.

Línea de Filipinas

En lo que resta de año se realizarán los siguientes viajes á Manila, saliendo los vapores de Barcelona el 30 de Agosto, 18 de Octubre y 26 de Noviembre para Port-Said, Suez, Colombo, Singapoore y Manila.

Línea de Fernando Poo

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán (escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata

Servicio mensual, saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña, Vigo y Lisboa (facultativa), para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos

© Biblioteca Nacional de España

COLECCIÓN CERVANTES

I.— «La cultura filosófica en España», de José Ingenieros.

II.— «Bajo el sol y frente al mar», de Luis G. Urbina.

III.— «Geometría moral», de Juan Montalvo.

IV.— «Cuentos frágiles», de Manuel Gutiérrez Nájera.

V.— «El Suicida», por Alfonso Reyes.

DIRECCIÓN: Alberto Aguilera, número 35
Teléfono 3967

© Biblioteca Nacional de España